

VERBUM

ORGANO DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR
ALFONSO CORTI

SECRETARIO DE REDACCIÓN
FLORIAN OLIVER

AÑO VIII

BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1914

NÚM. 24

Discurso ⁽¹⁾

Señor Presidente de la Asociación Cultural Española:

El señor rector me encarga expresar a usted y a la dignísima Asociación que preside, sus más vivas congratulaciones por la obra de cultura que comienza en este acto y su profunda convicción de que la Universidad aceptará y cumplirá en todo tiempo la misión que ustedes le confían al poner bajo sus auspicios la cátedra de cultura española. Aplaude el acierto en la forma excogitada por ustedes para honrar la memoria de Menéndez Pelayo y la feliz designación del ilustre académico de la Real Academia Española, señor Menéndez Pidal, para el primer curso universitario de España en la Argentina.

Señor Rector:

Señores:

Beneficiase con esta obra la Facultad de Filosofía y Letras. Confieso que es para mí honra altísima é inmerecida presidirla en tan memorable ocasión y decir públicamente cuán grato fué para el Consejo Directivo saber que en las aulas de esta

(1) Ofrecemos a nuestros lectores la brillante pieza oratoria con la cual el doctor Rodolfo Rivarola, entregara al eminente filólogo don Ramón Menéndez Pidal la cátedra "Menéndez Pelayo", creada por la Asociación Cultural Española y puesta bajo los auspicios de la Universidad de Buenos Aires.

Lamentamos que la falta de espacio no nos permita dar un *compte rendu* de las conferencias pronunciadas hasta ahora por el doctor Menéndez Pidal, y por lo demás huelga todo comentario sobre ellas, dado el prestigio intelectual que rodea el nombre del erudito editor del *Cantar de Mio Cid*. — (N. de la R.)

casa se escucharía la primera palabra del primer maestro, mensajero de la ciencia y de las virtudes de España.

Veo en esto algo como una justicia retributiva que me complace recordar. El día en que España se cubrió de duelo por haberse apagado, como si fuera la muerte del sol, la lumbrera que fué don Marcelino Menéndez Pelayo, angustiado ante la triste nueva, conmovido como en una desgracia íntima, el profesor de literatura castellana, don Calixto Oyuela, ocupó esta cátedra y aquí dijo cuál fué la labor y el fruto de vida tan intensamente vivida y cuán triste aquella hora para la madre España y sus dolientes hijas de América.

Así como un duelo común aproxima corazones y estrecha vínculos de familia, así desde aquella tristeza llegamos a esta emoción fraternal, en que nos miramos pensando con las mismas palabras y diciendo con el mismo verbo nuestras esperanzas y alegrías. Paladecemos la dulzura del idioma, nos transmitimos así lo más íntimo y hondo de nuestro ser; recibimos de pensadores y sabios, de poetas y de filósofos de nuestra lengua, el fruto que el pensamiento elabora con la experiencia del mundo exterior y con la íntima reconcentración en sí mismo.

Declaran archivos amarillentos y viejas bibliotecas, el genio y el ingenio de la estirpe española, originales en el ambiente a la vez latino y árabe, como sus catedrales y sus museos, el vigor de su arte, a través de los siglos; como el Norte y el Sur, el Oriente y el Occidente, atestiguan su audacia temeraria; como su inquisición y sus santos, la pertinacia de su fe, llevada al fanatismo; como la observación, el análisis, la crítica que dan luz a la investigación, eléctricos proyectores en la noche oscura, crean la ciencia española de hoy, la que no limita los objetos de su curiosidad ni el campo de sus exploraciones y con igual y majestuosa serenidad, observa, descubre y crea.

No alcanza mi atrevimiento hasta nombrar a los abnegados cultores del saber que en la hora actual cubren de gloria el nombre de su patria. Si lo intentara, diera yo prueba de mi propia ignorancia, pero no de injusticia al omitir alguno de gran mérito. En lo que sí me siento seguro, como quien pisa terreno firme, es en ofrecer la cátedra a don Ramón Menéndez y Pidal como uno de los indiscutidos y sin tacha, hijos de España que honran la ciencia y la noble madre. Y no es para

vacilar en este punto, si quien hoy hablará en esta aula, fué recibido en la Real Academia Española por don Marcelino Menéndez Pelayo, de quien deberá ocuparse, y oyó decir al juez más conspicuo y más recto, las palabras con que terminó su solemne discurso: “Une, dijo del maestro aquí presente, a la valentía del pensamiento y a la sabia moderación del estilo, el más nimio eserúpulo de la exactitud y el desinterés científico más absoluto, que en modo alguno ha de confundirse con la indiferencia, pues sin particular vocación, sin amor entrañable al asunto, sin el fervoroso amor de la patria, que es el genio latente de todas las empresas, ¿quién iba a imponerse en la edad más floreciente de la vida, trabajos tan árdulos, tan pertinaces, tan duros, tan inmensos que bastarían para quebrantar una organización de hierro, a no sostenerla aquel sobrenatural poder que proporciona los medios a los fines y nunca desampara al artífice de una obra honrada, hasta que la ve dignamente cumplida?”

Todas las empresas del pensamiento son igualmente nobles; así las que se aplican en estudiar las apariencias inmediatas de las cosas, como las que intentan descubrir las leyes parciales que las rigen, o penetrar en la realidad y aplicar al bien de la humanidad los secretos que le guardaba la naturaleza.

Pero la conquista de leyes parciales llevan a dominar otras más generales, sintéticas de los conocimientos particulares, a producir una filosofía que se formula en último término, en una palabra: espiritualismo, materialismo, evolución, solidaidad... Diré la mía aunque sea un neologismo: “interdependencia”: no sólo la casualidad, cuyo reconocimiento en el orden de la naturaleza y del espíritu está limitado por el concepto de sucesión, y éste por el tiempo, sino la trabazón completa de cosas, ideas y sentimientos, pasados, actuales y futuros. Cultivar la filosofía sobre el firme asiento de las conquistas científicas, es procurar la síntesis de la labor común, total ó parcial, de la naturaleza y del hombre. La obra de la Asociación Cultural Española daría ocasión para comprobar por análisis prolijo de sentimientos, de estímulos, de ideas, de hechos que habrán parecido entregados al acaso, sin orden y sin ley, cómo unos y otros se habrían enlazado é influido recíprocamente para dar este producto generoso de afecto, de raza y

de lengua, destinado a perdurar por tiempo incalculable y a mantener por la ciencia el amor de dos pueblos.

Señor Menéndez Pidal:

Ansiamos escucharle. Pública y oficialmente, en nombre de la Universidad de Buenos Aires, repito la cordial bienvenida con que le recibí en su arribo al Plata, y saludo en usted a la Universidad y a la ciencia española.

Suplico a usted que ocupe la cátedra que le está reservada.”

La utilidad del estudio de las lenguas clásicas

¿Conviene hacer de veras esta concesión al espíritu utilitario y mercantil de nuestra época hasta el extremo de buscar la razón del estudio de las lenguas clásicas en su utilidad? Pues bien, hay que hacerlo a regañadientes, aunque duela confesar ipso facto que no ha tenido razón Aristóteles al principiar su *Metafísica* con aquellas célebres palabras: “*Pántes anthroopoi tou eidenai orégontai fúsei*” (1). (Todos los humanos tienen implantado por la naturaleza el deseo del saber). Hoy en día lo que no es convertible en utilidad evidente, o, mejor todavía, en libras esterlinas, deja a la mayoría de los hombres muy indiferente; con más razón cuando para aprenderlo se necesita cierta aplicación y paciencia, como es el caso de las materias mencionadas. Por eso los que deseamos la difusión y vulgarización del latín y griego entre la gente culta, tenemos que buscarles su lado útil, quieras que no. Pero hagamoslo disimuladamente y con cierta reserva por vergüenza y para no cometer un verdadero delito de “*laesa majestas*” contra un Homero o Sófocles, un Virgilio u Horacio. La reserva es para aquel estudioso que va a fondo y no se contenta con un conocimiento superficial, sino que concluye con leer los autores clásicos como cualquier novela francesa. Para esta clase de humanistas el mundo antiguo les abre todos sus deslumbrantes tesoros de belleza y les recompensa mil veces las penas que han tenido para penetrar en él. Hablar de utilidad a semejante gente sería una verdadera profanación de sus estudios predilectos y casi un insulto para su idealismo. Claro está que no se negarían a utilizar sus conocimientos como profesores, pero consta por infinidad de ejemplos que el verdadero aficionado

(1) Dificultades de índole tipográfica nos han obligado a sustituir los caracteres griegos por latinos.—(N. de la R.)

a los clásicos no deja de manosearlos “nocturna diurna que manu”, aunque no le traigan utilidad ninguna, considerándose magníficamente remunerado con el deleite que le proporcionan. Tanto es así que conocemos casos de personas embargadas a tal extremo por su afición a las lecturas clásicas que descuidan en favor de ellas ocupaciones de mucha utilidad práctica. De ese pequeño núcleo de idealistas no hablaremos aquí. Tengo más bien en vista la gran comunidad de aquellos, a quienes hay que aplicar en cuestión de estudios humanísticos el “coge intrare” de los propagandistas cristianos, con otras palabras más vulgares, para quienes las declinaciones y conjugaciones latinas “con sangre entran”. A estos humanistas a empujones es necesario demostrarles por a más b por qué razón se les exige el gran sacrificio de su precioso tiempo y más precioso fósforo cerebral para hacerles penetrar en las profundidades del acusativo con infinitivo y del verbo deponente. Aquí es donde se debe hablar de utilidad, aunque sean los autores que tienen por delante un Virgilio u Horacio, Cicerón o Séneca. De seguro que cada vez que tropiezan con aquel “Quousque tandem, Catilina, abutere patientia nostra?”, le ponen exactamente la misma pregunta también al muy prolífico escritor y orador, tan indignado por la audacia del jefe de los conjurados. Bueno, veamos si será posible convencerles de la utilidad del estudio del tan abominable Cicerón con sus frases interminables y tan difíciles de traducir para un latinista obligado a estudiar casi “manu militari”. Principiaré por demostrarles que el estudio de las lenguas clásicas contribuye en primer lugar a penetrar con la mayor facilidad en la *lógica del lenguaje humano* de las razas privilegiadas.

Tomemos un ejemplo. Juvenal ha dicho la hermosa frase: “Mollissima corda humano generi dare se natura fatetur, quae lacrimas dedit” (la naturaleza que le dió lágrimas confiesa dar al género humano los más tiernos corazones (sentimientos)). Bastan estas pocas palabras para nuestro objeto. Analicémoslas una por una. La primera es un adjetivo en grado superlativo. Se ve por eso que el idioma latino ha desarrollado sus recursos morfológicos para expresar con sólo una desinencia la graduación de los calificativos. Como esto está en la lógica del pensamiento, es evidente que aquel idioma se aproxima más al estado natural del lenguaje que dispone de medios grama-

ticales para expresar la graduación del modo más breve y más exacto. Lo mismo se puede decir del plural de “corda”, del dativo de “humano” y “generi”, del acusativo de “laximas”. El prefecto final del verbo “dare” es otro recurso práctico, cómodo y preciso para expresar en una sola palabra el número, la persona, el tiempo y el modo, completamente de acuerdo con el acto de pensar que no analiza todo eso en varias componentes, sino más bien lo sintetiza en un solo pensamiento. Si pasamos al fin a la sintaxis y miramos el acusativo con infinito representado en “fatetur se dare” descubrimos otra conformidad a la lógica del pensamiento. Es evidente que la idea de un verbo transitivo exige lógicamente como complemento un objeto en acusativo, sea en una sola palabra, sea en una frase entera, y esto último es lo que sucede en nuestro caso, haciendo el latín la expresión mucho más clara y transparente, de todos modos más lógica que por los recursos de las lenguas modernas.

Si con esta sola prueba ya es fácil demostrar que las lenguas clásicas tienen la ventaja de una construcción más lógica que las modernas, que sólo han conservado una parte de sus recursos, la segunda utilidad que se puede sacar de su estudio está también a la vista. Me refiero a la *exactitud en el pensar y decir*. Por la misma razón que el griego o latín exigen mucha atención para ser entendidos, el que los estudia se acostumbra fácil a esa puntualidad en la palabra, a esa “akribia” tan alabada en los escritos de los buenos filólogos. La absoluta constancia y estabilidad de la ortografía de esos idiomas acostumbra también a dar importancia a ese requisito en el idioma nacional y no abandonarse a una anarquía desenfundada cuyo perjuicio para la literatura y hasta para la simple correspondencia no necesita ser demostrado.

Hablando de ortografía hemos llegado a un punto importantísimo precisamente para los pueblos de habla española. De todos los latinos son estos los que más han descuidado el estudio del latín. Por eso también no hay pueblo latino que más faltas de ortografía comete que ellos, a pesar de ser las reglas ortográficas en los demás idiomas neolatinos infinitamente más difíciles que en el castellano. ¿Quién no conoce las confusiones de la b y la v, de la s y la c, etc.? ¿Quién no se ha divertido al leer repetidas veces en los más importantes dia-

rios o libros el ya clásico “expléndido” o “expontáneo”, o un “halla” en lugar de “haya”, “hechado” en lugar de “echado”, etcétera? Todo esto no sucedería, si fuera más difundido el estudio del latín, porque bastan completamente los conocimientos más elementales de éste, para ayudar la memoria en los casos más comunes de duda ortográfica. La prueba de eso la dan p. e. los alemanes, que han estudiado algo de latín (como es el caso con la mayoría de la gente culta de esa nación), y se ponen a aprender el castellano. Generalmente escriben a los pocos meses el nuevo idioma ortográficamente mejor que la inmensa mayoría de los que lo hablan desde su infancia. ¿No os parece vergonzoso dejarse aventajar por los extranjeros en el conocimiento de su propio idioma? Ya lo es bastante la circunstancia que en cualquier país culto un libro, un diario o hasta una simple carta familiar o comercial que contenga una sola falta de ortografía debida a la ignorancia, basta y sobra para desacreditar al autor, mientras que aquí se pueden hacer en muchísimos libros o diarios que se publican entre nosotros una colección de faltas ortográficas de a puño, que apestan a evidente ignorancia, y los autores se dan todavía aires de grandes sabios. Un alemán o francés que solicitara por escrito algún puesto superior y cometiera en su carta una sola falta de ortografía, que no sea por descuido o error de pluma, sino de las categorías de las “hechar” o “expontáneo”, puede estar seguro de no ser favorecido; y aquí, ¿quién se fija en estas bagatelas? Se contestará, tal vez, que es mejor así, pero no es verdad, porque la puntualidad en el hablar y escribir lleva aparejada la puntualidad en otras cosas y la ignorancia no es un adorno, que digamos, en ningún terreno.

Paso al último a hablar de otra ventaja más que trae el conocimiento de las lenguas antiguas, principalmente para las personas dedicadas a los estudios y a las letras. Archisabido es que todos los términos técnicos, sin excepción ninguna, provienen del griego o del latín, a veces de los dos idiomas. Ahora pregunto si no os parece útil poder comprender lo que quieren decir en su forma original esos términos y saberlos escribir con ortografía correcta. Tomemos un ejemplo: un sabio alemán descubre un microbio que él, como conocedor del griego, bautiza con el nombre muy adecuado de “*spirochaeta*”. Llega el descubrimiento y su nombre a los países de habla española.

¡Pobres médicos argentinos, etc., cuántos dolores de cabeza os ha dado aquel término tan fácil para vuestros colegas europeos! Primero, ¿qué quiere decir esa palabra tan rara?, segundo, ¿cómo se pronuncia?, y tercero, ¿cómo se escribe en la lengua de Cervantes? ¿Será un “espirocheto” o “espiroqueto” o espiro qué se yo? Puedo aseguraros que después de 15 años, desde su invención esta cuestión de la ortografía castellana del dichoso término no está todavía resuelta para muchos médicos de los 80 millones de personas de habla española. Y esto mismo es el caso para la gran mayoría de los demás términos científicos.

Si esto sucede en cuanto a la traducción y ortografía de un término que han inventado otros, podrán imaginar los disparates que se les escapan a algunos sudamericanos cuando ellos mismos quieren crear un término nuevo o aun nada más que citar alguna frasecita en latín que tan bien sienta para dar brillo a un discurso o articulito de diario. Pues bien, si tuviera que transcribir aquí los monstruos ortográficos y gramaticales que se pueden coleccionar solamente de obras y publicaciones argentinas, se llenaría esta revista. Mencionaré únicamente dos para muestra: El conocido axioma fisiológico “*omne vivum ex ovo*” (todo ser viviente proviene de un huevo), se ha convertido en cierta publicación en “*omne vivum ex ovi*” (todo proviene de la oveja). Un sabio argentino de gran fama quiere crear un término para un antecesor del hombre que él considera como el primer ser con cara de hombre, e inventa la horrible palabra “antropops”. Aparte de la cacofonía que recuerda inmediatamente los congéneres ridículos de “antropaps, antropips y antropups”, aquel término encierra el disparate de querer decir literalmente “un ser que tiene la cara de la cara de hombre”. Porque generalmente se dan como etimología de la palabra “*ánthroopos*” las dos raíces *ánécér* (*ándrós*)” y “*oops* (*oopós*)”, lo que sería cara de varón. Si a ese término se le agrega un “*oops*” más, entonces no puede significar otra cosa que el nonsens cacofónico mencionado, que se podrá evitar fácilmente con un poco de conocimiento del griego. Hubiera cuadrado mejor, p. e., “antropoisos” (de “*isos*”, igual), o “autropodigma” (de “*deigma*”, ejemplo), etc.

Terminaré esta colaboración con una hipótesis filológica que

viene muy bien al caso. La recién mencionada etimología adolece de los conocidos achaques de la antigua lingüística: es muy plausible a primera vista, y bien mirada resulta una estupidez, como aquel "lucus a non lucendo" (la palabra lucus, un bosquecillo sombreado, provendría de "non lucere"; porque allí no hay luz, sin pensar que en la etimología falta lo principal, la negación). A esta clase de etimología estúpida las llamaban "per antonomasiam". Tenemos un ejemplo de este infantilismo filológico, de origen muy reciente y aristocrático, nada menos que de Schopenhauer. Este filósofo da como etimología de la palabra castellana aceite el latín "acetum" (vinagre) alegando también el nonsens de la antonomasia, lo cual quiere decir que un concepto u objeto recibe su denominación por una calidad directamente opuesta a su esencia, como en este caso donde la esencia del aceite es lo contrario del vinagre!!

La etimología usual de "*anthroopos*" no me parece estar muy lejos de esta categoría. Muy poco esfuerzo intelectual se necesita para imaginar que los primeros hombres que nos han dejado la inapreciable herencia de un lenguaje natural y lógico, al buscar una palabra para designar el ser humano en general sin distinción de sexo, difícilmente pueden haber caído en lo absurdo de componer para ello las dos raíces "*anéér*" (varón) y "*oops*" (cara). ¿Qué otras etimologías conviene buscar entonces para la palabra "*ánthroopos*"? Recordando algunos pasajes de los antiguos autores respecto a la característica del género humano, la indagación nos resultaría sumamente fácil. Con muy buen sentido común el hombre primitivo de la raza helénica dió con el mejor distintivo del género humano frente a los demás animales: consiste este en su mirada y cara dirigidas hacia adelante y arriba. Conocidas son las palabras de Ovidio en el pasaje de las metamorfosis relativo a la creación del hombre:

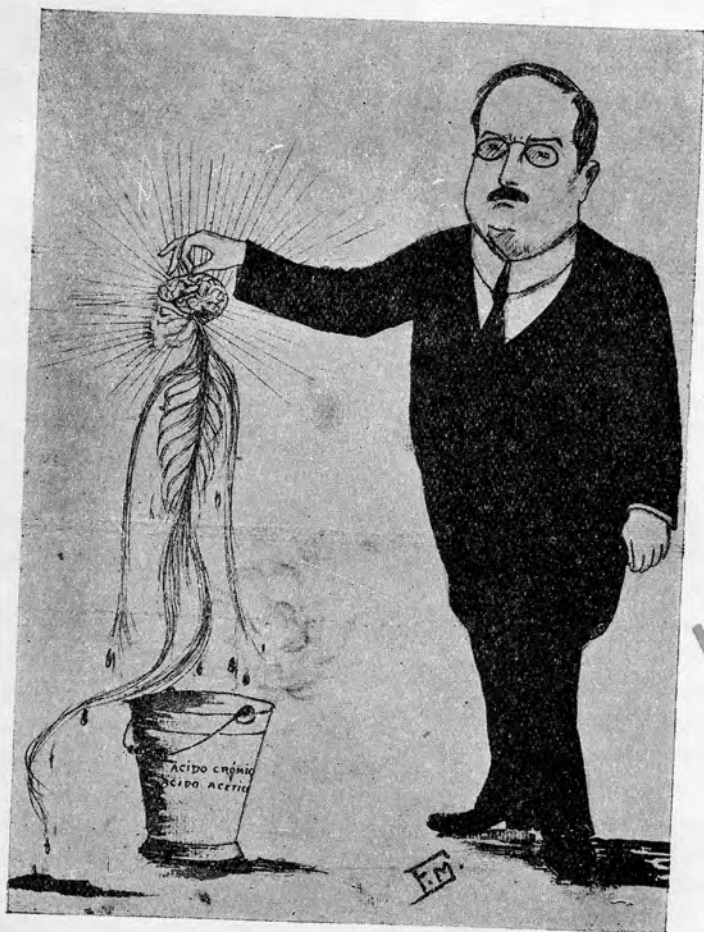
Pronaque eum spectent animalie caetera terrae
Os homini sublime dedit coelumque tueri jussit.

¿Qué mejor indicación se nos podrá dar para encontrar la derivación de la palabra "*ánthroopos*"? Fíjense bien en la *th*, ¿de dónde provendría, si la raíz fuera "*ANDP*"? Eso aparte

del increíble fondo de lógica disparatada que habría en la composición “cara de varón” para decir ser humano en general. Pero totalmente otra cosa es cuando nos atenemos a la definición recién mencionada y dirigimos nuestras averiguaciones hacia ese lado. Entonces se nos presenta sin violencia ninguna del buen sentido y de las leyes de la evolución lingüística, la única etimología razonable “*orthós*” (derecho, recto, erecto), y “*óps*” u “*oops*” (mirada o cara, respectivamente). La transformación ulterior de “*orthós*” (en sanscrito “*urdhvá*”) en “*anthr*” no es nada extraño y tiene muchas analogías en la formación del idioma griego.

Doctor Teófilo Wechsler.

GALERÍA DE PROFESORES



DR. HORACIO G. PIÑERO

Memorias acerca del Virreinato del Río de la Plata ⁽¹⁾

VERSIÓN ESPAÑOLA DE SIDNEY A. SMITH

NOTA PRELIMINAR

Creo que no es posible traducir con exactitud de un idioma a otro, aunque se trate de verter a nuestra lengua, que al decir de fray Luis de León, *recibe bien todo lo que se la encomienda porque es de cera y abundante para los que la saben tratar*. No obstante, y dado que mi objeto es hacer un calco de la obra inglesa, sin llevar mis pretensiones más allá de lo que es común y corriente en trabajos de esta naturaleza, espero despertar algún interés entre aquellos que se dedican al estudio del pasado; y tanto más lo espero, cuanto que no es la traducción de un relato de hechos hazañosos en que campea la acción de un guerrero afortunado, sino que, por el contrario, abunda en la presentación de costumbres, distinción de clases y estado intelectual, moral y religioso de un pueblo que se halla en el umbral de su emancipación política, y cuya decisión, con las circunstancias que la rodean, se explica precisamente con las relaciones morales, intelectuales y religiosas de sus componentes.

(1) *Notes on the Viceroyalty of La Plata* dióse a la publicidad en el año 1808, por la casa impresora de *John Joseph Stockdale*, situada en la aristocrática calle Pall Mall de Londres (41 *Pall Mall Street*) (N. del T.)

El autor de la obra traducida se oculta en la obscuridad del anónimo, quizá previendo las posibles represalias del general Whitelocke, a quien ataca con singular rudeza en la parte dedicada a la invasión inglesa. Síguese de aquí, siempre dentro de los dominios de lo hipotético, que muchos de los cargos, y sobre todo de los groseros epítetos con que pretende denigrar al general inglés, son exagerados; pues si bien es cierto que Whitelocke cometió errores de bulto, estos pueden imputarse a su negligencia, o si se quiere a su incapacidad, sin que ello autorice a nadie para afirmar *the imbecility of the British General* (1).

Empero, si hacemos a un lado la parte referente a la invasión de Whitelocke, y que el autor desconocido de *Notes on the Viceroyalty of La Plata* denomina epigráficamente *History of the British Expedition*, tendremos un relato descriptivo, desarrollado en forma paragráfica, de las costumbres religiosas, los hábitos morales y las condiciones intelectuales de los habitantes de estas regiones del Plata antes de su independencia. Y ésto, si se le despoja de ciertas inexactitudes numéricas o de detalle, como asimismo de algunas afirmaciones paradójales motivadas quizá por engañosas apariencias, posee todo el sabor de las cosas viejas dichas con lenguaje llano y transparente, sin afectación, y con tanta espontaneidad que enumera a las veces los útiles y muebles y hasta los trastos viejos de la casa colonial: minucias, sin duda alguna, pero de capital importancia para el revivir histórico de la sociedad pasada (2).

La lectura de este libro, que posee el mérito indiscutible de transmitirnos observaciones directas, confirma la ingenuidad y sencillez franciscana de nuestros antepasados. Ella nos in-

(1) *Notes on the Viceroyalty...* p. 178.—Tampoco fué *Whitelocke* “inteligente y esforzado guerrero” como lo asegura Magariños Cervantes. (*Estud. hist. polít. y sociales sobre el R. de la Plata*, París, 1854, p. 96), y tan grosero es achacarle imbecilidad como inexacto es atribuirle inteligencia. (N. del T.)

(2) El doctor Ibaguren, con discernimiento de verdadero historiador, nos dice: “Los detalles pequeños e íntimos de la vida suministran mayor luz sobre un momento histórico que el relato de un acontecimiento trascendental, porque penetran sutilmente en la penumbra hasta descubrir las pasiones que bullen y los intereses que ocultamente luchan elaborando los hechos sociales”. (*Una proscripción bajo la dictadura de Sila*, Buenos Aires, 1908, prefacio pág. VII). (N. del T.)

troduce en las casas chatas y espacicasas de aquel entonces, nos habla de su estructura y de su aspecto, nos señala uno a uno los enseres que adornan su interior, y, advirtiéndonos que *the men in their visits sit apart from the women*, nos coloca frente a frente de la gentil y graciosa dama de antaño. Y entonces, a pesar del *jealous watchfulness* de sus parientes, nuestra deliciosa abuela nos dice de sus cuitas y pesares, de sus ansias y sentires, seduciéndonos con la fresca vivacidad y candorosa picardía con que sazona todos sus trajines.

Sería largo enumerar las cosas que toca el extranjero en su relato, pero sería también imperdonable no llamar la atención sobre la descripción del convento de Franciscanos y la vida plácida y cómoda aunque a las veces divertida de sus moradores.

Cuéntanos el viajero inglés que al encontrarse frente a los frailes franciscanos *They were amusing themselves with drinking mate and smoking*, y que después de habersele introducido y agasajado con particular empeño, participó de una especie de francachela donde abundó el buen vino, el canto y la alegría, y en que *Several of the songs which they sung were not of the most delicate complexion, nor such as one would expect to hear echoed from the recesses of the cloister by a society of monks*. Inútil sería proseguir, pues basta leer estas pocas líneas para percatarse del interés que ellas despertan.

Aunque todo lo que narra el autor en esta parte de *Notes on the Viceroyalty, of La Plata* es el producto de sus observaciones en Montevideo, y sólo algunas veces y por incidencia se refiere a Buenos Aires, el interés histórico regional no decae, ya que los hábitos y costumbres eran idénticos en ambas orillas del Plata.

Con todo, es innegable que libros de esta naturaleza son documentos valiosísimos para determinar costumbres, sentimientos y preocupaciones de una época ávidamente escudriñada, porque en ella ya fermentaban los gérmenes de nuestra emancipación política. Y como la sinceridad y llaneza con que han sido escritos estos apuntes, en los que no hay ficciones ni fantasías de imaginación, les dan, fuera de los errores de observación, el carácter primordial que poseen los documentos fehacientes de la realidad, es necesario, y más que necesario indis-

pensable, tenerlos muy presentes en la reconstrucción histórica de nuestra vida colonial (1).

Lo dicho, pues, aunado con la rareza del libro, me indujeron a traducirlo, respetando la forma de exposición y tratando de ajustarme dentro de lo posible a la expresión literal del texto inglés. Y si a pesar de las dificultades que encierra una traducción hago obra proficua, habré realizado mis deseos con harta satisfacción, pudiendo entonces remedar a Horacio y decir: *Hoc erat in votis*.

El traductor.

Buenos Aires, Julio 29 de 1914.

(1) Dícenos el señor Groussac con sobrada razón: “En este punto y otros muchos contiene graves errores la obra: *Notes on the Vicroyalty*. Es de escasa utilidad para el estudio de la Defensa, pues cuando no inexacta, se limita a resumir el *Trial*”. (Santiago de Liniers, Buenos Aires, 1907, pág. 148, nota 3). Pero esto no impide que indicara, como buen crítico, la parte útil y provechosa de la obra. (N. del T.)

Apuntes sobre las Colonias del Río de la Plata (1)

Posee el Virreinato del Río de la Plata una enorme extensión territorial, bañada por el estuario que le da su nombre y por los ríos que derraman sus aguas en él. No obstante, y a pesar de la fertilidad y hermosura de estas regiones, poco se las conoce. Más de uno, llevado por la sed de riquezas, ha cruzado sus pampas tras la especulación comercial; pero rara vez o nunca, fueron exploradas por observadores cuyo objeto fuese la curiosidad o el progreso de la ciencia. Así es que los yacimientos minerales todavía permanecen ignorados y, por lo tanto, desaprovechados; y que el inagotable depósito de elementos útiles al conocimiento botánico y mineralógico, habido en las inexploradas tierras de este inmenso continente, quedan a la espera de un futuro desenvolvimiento de actividad en épocas venideras.

No debe creerse que las escasas observaciones que he podido hacer encierren la posibilidad de agregar algo a lo que ya existe como fuente de información. Estos apuntes, que tan sólo resultan de un simple pasatiempo engendrado por la necesidad de menguar el fastidio en los momentos ociosos de un viaje por mar, podrán parecer toscos, triviales y exentos de todo interés; pero aún así, si ellos, aunque imperfectos, diesen un concepto de la naturaleza, condiciones y costumbres de un país que llama tanto la atención, su debilidad descriptiva no será un obstáculo infranqueable para el objeto que me he propuesto.

La mayor parte de estas regiones la forma una inmensa llanura que se extiende hasta el pie de los Andes; sin embargo, encuéntranse algunas elevaciones montañosas en varios lugares del interior.

El Río de la Plata, o *River Plate*, no es más que una conse-

(1) *Notes on the Province of La Plata*, dice el epígrafe de esta parte en el texto inglés. He creído conveniente adoptar *colonias* en vez de *provincia*, porque la acepción de *colonias* es mucho más apropiada a las condiciones históricas de los centros poblados de estas regiones en aquella época. *La Plata* acostumbran decir los ingleses, y sólo emplean la expresión *River Plate* cuando se refieren al río de este nombre. (N. del T.)

cuencia de la unión de algunas corrientes tributarias de menor cuantía, aunque si bien entre ellas hay varias que exceden en magnitud a los principales ríos de Europa.

El afluente más importante es el Paraná, cuyas aguas bajan de las regiones septentrionales de Río de Janeiro (1), aumentando su caudal con el concurso de pequeños ríos que se le incorporan en su recorrido a través de montañosos parajes. Uno de los contribuyentes del Paraná es el Paraguay, río que nace en el norte y recibe, antes de echar sus aguas en aquel, la extensa corriente del Pilcomayo, que tiene su origen en las cercanías de Potosí.

Los ríos Bermejo y Salado, que dimanar de los Andes, y el Uruguay, superior al Elba y al Rhin en dimensiones, derraman también sus aguas en el Plata (2). El Uruguay, en su curso, es interrumpido por restingas y corrientes (3). A doscientas leguas marítimas (4) de su desembocadura es tanto su ancho que no es posible atravesarlo en una hora (5), y poco

(1) “*From the country northward of Río Janeiro*”. Es de suponer que el autor designa el contenido por el continente, y así nos dice Río de Janeiro, para indicar el Brasil. Por otra parte, el Paraná es originado por el río Paranahyba y varios riachuelos y arroyos que nacen en la Sierra de los Pyreneos, que a lo sumo se halla en la región central del Brasil. Puede ser, no obstante, que se refiera al río Grande que desciende de la Sierra de Mantiqueira inmediata al Estado de Río de Janeiro; pero aún así, el río Grande no es más que uno de los tantos tributarios del río Paraná. (N. del T.)

(2) El Salado echa sus aguas en el Paraná cerca de Santa Fe, y el Bermejo en el Paraguay a escasa distancia de donde este último río confunde sus aguas con las del Paraná; no en el Plata como se halla en el texto inglés.

Efectivamente, el Uruguay tiene unos 200 kilómetros más de longitud que el Rhin, y unos 400 más que el Elba. (N. del T.)

(3) *Rapids*. Corrientes llamadas también *rápidos*, y formadas por lo que denominamos *saltos*, como Salto Grande, Salto Chico, Buthuy y otros. (N. del T.)

(4) *League* en inglés equivale a legua marítima en castellano, o sean 5.572 metros. (N. del T.)

(5) *Two hundred leagues from its mouth, so great is the breadth, that it cannot be crossed in an hour...* (ps. 11 y 12). Error manifiesto. El río Uruguay a las 200 leguas marítimas de su desembocadura, es decir, casi 1.115 kilómetros antes de echar sus aguas en el Plata, no tiene más de 400 metros de ancho, y recién a partir de Paysandú, unos 230 kilómetros antes de llegar al Plata, es cuando empieza a ensancharse, para luego llegar hasta poseer 15 kilómetros de orilla a orilla, después de Fray Bentos. (N. del T.)

antes de unirse al Plata no es dable divisar ambas orillas a un mismo tiempo por la distancia grande que las separa.

Parangonado este vasto y espléndido río con los más importantes del viejo continente, estos resultan de inferior categoría. No obstante, su fondo no se halla en proporción a su gran anchura y vastedad de extensión. Su cauce es angosto, serpentino y de poca profundidad: circunstancias que siempre han sindicado a su navegación de difícil y peligrosa. Los ingleses, empero, han demostrado experimentalmente que no existe tanto riesgo como el supuesto. Es fácil, pues, que la desconfianza haya sido propagada y aumentada por la ignorancia de los españoles (1), o quizá, y con más visos de probabilidad, por los mezquinos motivos de esa política estrecha que inspiró siempre al gobierno colonial (2).

El río tiene cerca de ciento cincuenta millas de ancho en su desembocadura (3), y aunque disminuye sensiblemente frente

(1) Ni los ingleses demostraron lo que ya se conocía desde mucho tiempo atrás, ni los españoles eran tan ignorantes como se les suponía. Para destruir estas patrañas basta citar a Félix de Azara, a Diego de Alvear, a Pedro Cerviño y a tantos otros que, como los hermanos Ulloa, no sólo hicieron observaciones de carácter puramente científico, sino que también señalaron los abusos y defectos del gobierno colonial. Ya en 1805, el americano Lastarria nos muestra que se tenía un conocimiento perfecto de las condiciones navegables del río Uruguay, diciendo: "El Uruguay proporciona más larga y mejor navegación en todo el año hasta el Salto Chico como unas sesenta leguas Aguas Arriva" (arriba)... Y más abajo continúa: "Desde allí se sube hasta la Línea divisoria en otras Embarcaciones menores; pues los Bergantines y Lanchas de dos palos solo llegan al expresado puerto del Salto Chico." (Documentos para la Historia Argentina, Buenos Aires, 1914, t. III pág. 149; public. de la Facultad de Filosofía y Letras.) (N. del T.)

(2) Política, por otra parte, que, en esa época, adoptaban todos los gobiernos de Europa que poseían colonias de alguna importancia. Véase sino lo que dice Macaulay del sistema colonial en la India (*The History of England*, Boston, 1856, vol. IV, p. 103 y sigs.), y se tendrá una idea de como regía a sus colonias el país que más ataques ha dirigido al gobierno colonial de España. (N. del T.)

(3) Trátase del Río de la Plata, pues el autor nos habla de más de 241 kilómetros de ancho; además, lo que continúa diciendo así lo confirma. (N. del T.)

a Montevideo, no es posible divisar la costa desde su centro, confundiéndolo con el inmensurable océano. A la altura de Buenos Aires, es decir, a doscientas diez millas de su desembocadura, mide cuarenta millas de longitud de una orilla a otra.

El peligro más señalado a que se exponen las embarcaciones en este río lo origina la violencia y furia de los vientos que soplan del oeste. Para hallarse en condiciones de resistir estos huracanes, las naves tienen forzosamente que echar a fondo todas sus áncoras asegurándolas con cadenas de hierro. Los vientos de esta clase se denominan *pamperos*, y aparecen generalmente en invierno; surgen de los llanos de la Pampa, la cruzan y llegan hasta el río. Comienzan estas llanuras (de la Pampa) como a veinte leguas hacia el oeste de Buenos Aires, extendiéndose hasta el pie de los Andes, cordillera límite que separa al territorio de Chile. En esta última dirección, la llanura se prolonga cerca de trescientas millas, y alrededor de mil quinientas hacia el sud en las agrestes regiones de la Patagonia. Terrenos de asombrosa fertilidad, cubiertos enteramente, en toda su vasta extensión, por una hierba excelente, entre la que abunda el precioso trébol. En este lozano y benéfico suelo, innumerables hatos de potros cerriles, de novillos, de avestruces (1) y de otros animales vagan por su inmensidad, hallando a la vez amparo contra los ardientes rayos del sol (2). Es región, no obstante, exenta de arboledas, y cuyos únicos habitantes, fieros y salvajes, ambulan en hordas que asaltan a menudo a los arriesgados viajeros. No hay selvas ni elevaciones montañosas que mengüen la violencia del viento, ni hay siquiera el más pequeño obstáculo que se oponga a su furia; por otra parte, su impetuosidad acrece mucho más cuando llega al río, de modo que eleva las olas a gran altura, haciendo que la superficie de las aguas embravecidas y agitadas lo asemejen al océano. Por eso, sin las debidas precaucio-

(1) Sandú, originario de América meridional. (N. del T.)

(2) El autor del libro no nos dice en qué consiste ese amparo; pero es de suponer que ha empleado este vocablo, teniendo presente la abundancia de agua y el fresco ambiente que caracterizan a la Pampa argentina, y que, como es natural, atenuan los quemantes rayos del sol. (N. del T.)

nes, las embarcaciones se hallarían propensas con frecuencia a ser destruídas por la turbulencia del río.

Los *pamperos* soplan con más frecuencia en invierno que en cualquier otra estación del año; no obstante, sus apariciones superan algunas veces á las de invierno en los meses de verano. Preséntanse con gran violencia, anunciando su proximidad con descargas de truenos y relámpagos; sin embargo, y mientras corre el viento, el cielo permanece claro y el tiempo invariablemente hermoso.

(Continuará).

Sólo nos ha sido posible publicar una pequeña parte del interesante trabajo del señor Sidney A. Smith, obligados por la carencia de espacio. En el próximo número aparecerá lo que aún resta. (N. de la R.)

Filosofía y Ciencias

Sentado que el pensamiento filosófico no es ni un corolario, ni una irradiación del pensamiento científico y reconocida su autonomía (1), paso a examinar algunos errores que el desconocimiento de esta verdad produce, tanto en el campo de la filosofía como en el de la ciencia.

La persuasión de poder tratar de filosofía con la sola base de los conocimientos científicos y de la razón natural, es la ilusión más común. Como se piensa que la filosofía se reduce a una simple generalización y síntesis de los resultados de la ciencia, se erige — y la creencia es lógica una vez admitido el principio — que es suficiente conocer la ciencia en general o alguna de sus ramas en particular y tener un poco de sentido común para poder abordar cualquier problema de filosofía.

El pensamiento filosófico representa a través de los siglos una corriente autónoma, que como la científica, la artística, ha tenido su principio, su desarrollo, su edad de oro, su decadencia, etc. Sócrates, Platón, Aristóteles en la antigua edad; Santo Tomás, San Buenaventura, Duns Scoto en la edad media; Descartes, Leibnitz, Spinoza, Hume, Kant, Hegel en la moderna, y el mismo Comte, el mismo Spencer, no son generalizadores de ciencias, a pesar de que estos últimos se declaren tales; sino filósofos: buenos los unos, malos los otros; pero filósofos, es decir, hombres que se han fatigado en la resolución de los problemas eternos, comunes a todas las filoso-

(1) Véase *La autonomía de la Filosofía*.—VERBUM, junio 1914.

fías (1). No es posible razonar bien *filosóficamente*, ni hacer obra digna de la filosofía sin haber asimilado la esencia del pensamiento filosófico, sin haberse esforzado por comprenderlo, por compenetrarse de él y revivirlo en la intimidad de los sistemas.

Existe en filosofía, como en todas las demás actividades del espíritu, un verdadero progreso. En las ciencias es más palpable, porque ellas estudian la realidad empírica, y sus objetos son percibidos por los sentidos. En la filosofía, en cambio, que estudia el espíritu en su esencia y en sus múltiples manifestaciones, y se vale no de percepciones e imágenes, sino de conceptos, el progreso es menos visible; pero no menos real que en las ciencias. Sócrates progresa sobre los sofistas; Platón sobrepasa a Sócrates; Aristóteles a Platón. En la edad moderna, la obra de Kant representa un adelanto extraordinario sobre la de los filósofos de los siglos XVII y XVIII; Hegel, bajo cierto aspecto, supera al mismo Kant, y así siguiendo.

Ahora bien: pretender ocuparse de cuestiones filosóficas desconociendo la autonomía, el valor y el progreso del pensamiento filosófico, equivale a hacer obra vana e inútil, a ponerse fuera de la historia. ¿Qué diríamos de un hombre, que, ignorando o queriendo ignorar el enorme progreso, que ha hecho la marina de guerra desde los romanos hasta hoy, se dedicara a estudiar un sistema de *ganchos* para lanzar contra los buques enemigos y acercarlos durante el combate, pretendiendo perfeccionar los que el cónsul Duilio inventó en la primera guerra púnica? No

(1) El hecho que algunos filósofos hayan sido grandes físicos y grandes matemáticos nada prueba contra la *autonomía* de la filosofía. Una relación de *coexistencia* no se puede, ni se debe interpretar como una relación de *causalidad*. Tomemos *Descartes*, sumo físico, sumo matemático, sumo filósofo. ¿Basta saber que él sobresalió en las ciencias y en la filosofía para afirmar que esta debe seguir a aquéllas? De ningún modo. Necesita analizar su obra y ver si su pensamiento filosófico ha sido condicionado por su pensamiento científico; verificar si la geometría analítica, la ley de refracción, o los estudios de mecánica le han servido para llegar al *cogito, ergo sum*. De un atento estudio sobre tal argumento resultará que el armazón de la filosofía cartesiana se amolda a la geometría (más tarde Spinoza escribe *Ethica more geometrico demonstrata*); pero la esencia, el alma de ella queda fuera de las ciencias, en el puro campo del espíritu.

Por otra parte a ninguno se le ocurriría sostener que el arte es una emanación de la ciencia, porque *Leonardo da Vinci* fué un gran físico y un gran naturalista a la par que un artista insuperable o porque *Goethe* además del inmortal *Faust* escribió profundas obras científicas como *Metamorfosis de las plantas*, *Estudios de óptica*, *Teoría de los colores*, etc.

diferentemente de este hipotético hombre obran los cultores de las ciencias, que sin tener la debida y necesaria preparación se aventuran en el *mare magnum* de la filosofía. Preparan los gauchos, y los arrojan contra los barcos; pero los barcos son acorazados modernos, que quedan inmóviles ante los inocentes golpes de los prehistóricos combatientes.

Hegel, en su *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, escribe: "Se admite que para conocer las demás ciencias se necesita haberlas estudiado y que sólo en virtud de tal conocimiento se tiene la facultad de formar juicios sobre ellas. Se reconoce que para hacer un zapato se necesita haber aprendido y ejercitado el oficio de zapatero, a pesar de que cada uno tenga en su pie la medida del zapato, y posea las manos y con ellas la natural aptitud para dicho oficio. Sólo para filosofar no se exigiría ni estudio, ni aprendizaje, ni fatiga (1).

Benedetto Croce, hablando de la utilidad que aportaría a los hombres de ciencia una profunda cultura filosófica y de los graves errores en que caen debido a la falta de tales conocimientos, justamente observa: "Si el químico Prof. Ostwald tuviera en la mente una mejor filosofía, no dejaría su buena química por aquella incierta y caótica mezcla, que se llama *Filosofía de la naturaleza*; si Ernesto Haeckel se hubiera provisto de elementales estudios filosóficos, nunca habría dejado sus investigaciones sobre los microorganismos para resolver *los enigmas del universo* y falsificar las ciencias naturales (2)."

Otro error, también bastante común, consiste en la *ilusión que muchos se forman de estar en plena ciencia, mientras vagan en los dominios de la fantasía más desenfrenada.*

✓ No haciendo ninguna distinción substancial entre la filosofía y las ciencias, y concibiéndolas como el resultado de una idéntica actividad espiritual, es natural que se crea permanecer en el recinto de las ciencias, cuando ya se han franqueado sus límites.

Sucede así que se inventan palabras, se juntan dos o tres conceptos empíricos, se acumulan construcciones sobre construcciones, una más abstracta que la otra, se vaga por todos

(1) Enciclopedia delle scienze filosofiche.—Hegel.—Traduzione italiana di B. Croce.—Bari, Laterza 1907, pág. 6.

(2) B. Croce.—Lógica.—Edic. Laterza, pág. 245.

los rincones de los conocimientos con una ligereza y una ingenuidad sorprendente, y, como si estas curiosas operaciones de la imaginación fueran *la ciencia*, se protesta contra la metafísica antigua y moderna y contra sus cultores. Se generaliza alguna ley de física o química, y, olvidando que la ley no es más que una abstracción de la mente, útil para guiarse en el mundo mecánico y biológico, se encuadra dentro de ella todo lo inorgánico, lo orgánico, lo psíquico, lo estético y lo moral, se cree con esto haber despejado todas las incógnitas, y con una seguridad y una fe, que el más austero monje no tiene en los dogmas de su religión, se declara que la ciencia adelanta, que su esfera se va agrandando y que poco a poco todos los problemas filosóficos quedarán resueltos por ella. No se aperceben — los que así sentencian — que ellos no tienen ya el derecho de hablar de ciencia, puesto que no están más en ella. ¿Dónde están, entonces? ¿En el campo de la filosofía? Precisamente; pero en calidad de gente extraña, que ha equivocado el camino y se encuentra en un territorio que nunca ha visto, y donde se habla un idioma que no comprende.

*Vas exemplaria graeca
Nocturna versate manu, versate diurna.*

recomendaba Horacio a los Pisones. Con el permiso del poeta y de las Musas podríamos cambiar el *graeca* en *philosophica* y dirigir el consejo a los modernos *filosofantes*. Se les impone en efecto un verdadero dilema: o renunciar para siempre a toda investigación que traspase las ciencias, o proveerse de una sólida y vasta cultura filosófica para poderlo hacer con seriedad y competencia. Pero no se inclinarán hacia ninguno de los cuernos del dilema, y seguirán en el equívoco hasta que no se hayan convencido que la filosofía, si bien relacionada con las ciencias, es autónoma por su desarrollo histórico, por su objeto, su método y sus problemas; y que el más profundo conocimiento de las ciencias es del todo insuficiente para tratar de ella, si no está acompañado de un igual y profundo conocimiento filosófico.

Egizio Carloni.

Buenos Aires, 28 de Julio de 1914.

De un album

(CASI CUENTO)

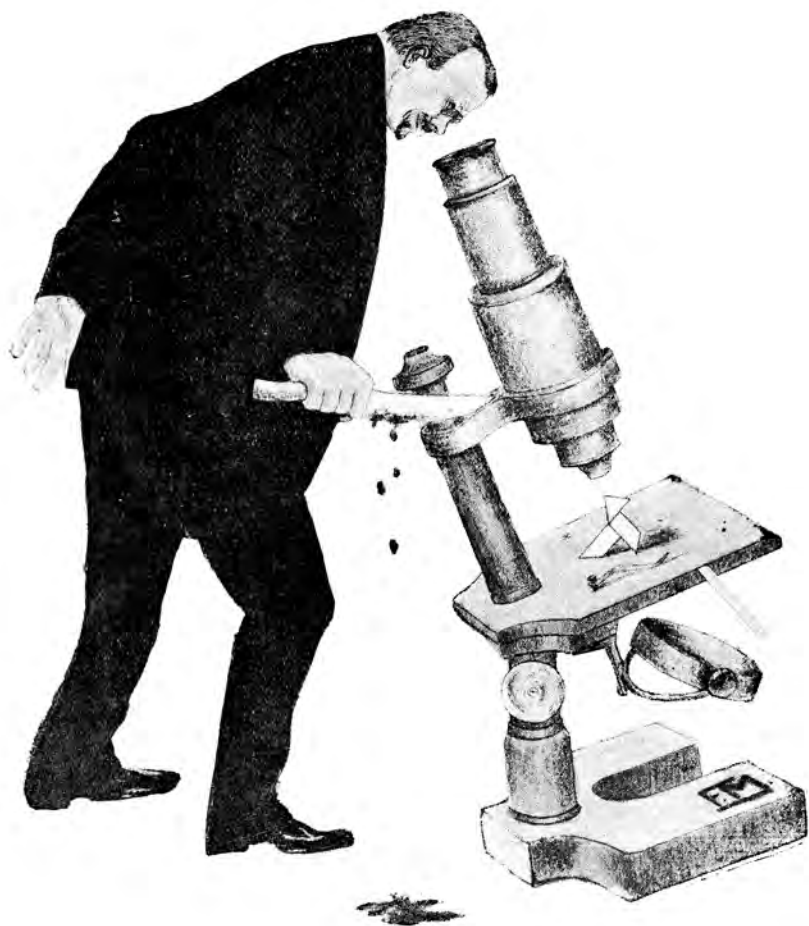
Era un cielo sereno y era un río.
En el cielo, clarísimas y bellas
eran dos hermanitas, dos estrellas,
princesas zodiacales del Estío.

Mas, una tarde por mirar el río
las dos hermanas igualmente bellas
bajaron del jardín de las estrellas,
y quedó sin princesas el Estío.

Dice el cuento después, que peregrinas,
no pudiendo volver a dó nacieron,
las hermanas nostálgicas quisieron
morir entre las aguas cristalinas.
Y verás que al final allí se hundieron
si a mirarte en las ondas te reclinan.

LUIS MATHARÁN.

GALERÍA DE PROFESORES



DR. CHR. JAKOB

Un poeta representativo

Marquina es el poeta representativo por excelencia. No se aparta un sólo momento de la muchedumbre que lo inspira; y hasta los principios de su filosofía personal tienen su raíz psicológica en el alma de su pueblo. De ahí que surgan dos direcciones fundamentales de su temperamento: la una que recoge y embellece el fondo colectivo, y la otra que dogmatiza políticamente y tiene proyecciones sociales. Marquina es, como todos los poetas representativos, un propagandista de ideas y un cantor de muchedumbres. Y si sus ideas no alcanzan, como en Guerra Junqueiro, a la expresión de un sectarismo revolucionario, es, simplemente, porque el espíritu de Marquina, singularmente sensible y extraordinariamente exquisito, no puede llegar al extremo épico, como tampoco podría manifestar una exagerada delicadeza subjetiva (1).

Desde "Odas" hasta "El rey trovador" y "Por los pecados del Rey"—exceptuando "Benvenuto Cellini" y algunas otras producciones teatrales que significan una momentánea desviación de su espíritu—la labor de Marquina se ha concretado a poner en versos impecables las emociones colectivas y las grandes pasiones del pueblo hidalgo.—Veremos más adelante, cómo el heroísmo—en su acepción de justicia y de arrojo—vive en sus dramas y cómo el cansancio de la raza se refleja en sus églogas.

"Las hijas del Cid", premiada por la Real Academia Española; "Doña María La Brava"; "En Flandes se ha puesto el Sol", premiado por la Academia; "La Alcaldesa de Pastрана"; "El Rey Trovador"; "Por los pecados del Rey", son las producciones de Marquina que mayor difusión han alcanzado. "El Pastor", poema dramático; "Benvenuto Cellini", biografía dramática; "Cuando florezcan los rosales..." y "La hiedra", se conceptúan como sus obras más imperfectas.

"Odas", "Las Vendimias", "Églogas", "Elegías", "Ven-

dimión" y "Canciones del momento"; forman un cuerpo aparte de poesía, todo él de acuerdo con las características del poeta, que se ha propuesto culminar un programa a la vez épico y familiar: enaltecer y reverdecer el pasado, y fortalecer la familia, como energía conservadora de las virtudes ciudadanas.

Marquina ha abarcado la historia de España de una sola mirada. Movido por la fuerza intensa de las grandes figuras castellanas, seducido por el gesto y arrebatado por la piedad, por el heroísmo, por la nobleza que ellas descubren; enamorado de sus conquistas y de sus anhelos de culminación espiritual, sólo aprecia los sentimientos cardinales, lo que ruge o lo que calla; comprende el sacrificio cuando salta a la vista y admira el valor que irrumpe en acometidas de leyenda. Quiere dar forma a lo que vé con sus ojos; a lo que siente hondamente y cobra en su sensibilidad contornos épicos. Reproducir magnificando es su obra; magnificar lo que vé es su manera de ver. En dos trazos construye un personaje y, en vez de analizarlo, lo destila. No se guarda de la realidad histórica, sino de la belleza objetiva y subjetiva que presenta su héroe, como en "Por los pecados del Rey", o su símbolo, como "En Flandes se ha puesto el Sol".

Por eso he dicho que Marquina no podría llegar jamás a los desplantes de un revolucionarismo arrebatado. Vive pendiente de las cosas pasadas; ama demasiado el recuerdo de sus mayores, para que pretenda destruir una organización política dentro de la cual se han realizado los esfuerzos más heroicos y se han obtenido las glorias más hermosas.

De tal modo se ha identificado Marquina con el alma ancestral, que su filosofía práctica radica, precisamente, en el aprovechamiento de las calidades de sus antepasados, cuyo ejemplo él desearía ver prolongado en el futuro. Sólo recogiendo y practicando las virtudes que fueron altísimo blasón de Castilla, se podrá edificar la España del futuro. Y todas sus campañas y todas sus producciones se orientan y se orientarán en lo venidero en el sentido de inculcar en el ánimo público la necesidad de imitar el heroísmo y la nobleza de los conquistadores.

He ahí una emoción histórica que se traduce en un programa político.

"A la nueva vida de los héroes muertos con amor y dolor

para conmoción y salud de la Vieja Castilla y a la intención de la patria futura, dedico este canto”, dice al frente de “Las hijas del Cid”. Y es, ciertamente, este drama para las edades futuras; más aún: es este drama la expresión de las ideas que el poeta desea agitar en su pueblo para que el mismo pueblo las prolongue en el futuro.

Desde luego España atraviesa en el presente por una situación anormal, propia de los pueblos que han vivido una vida agitada y heroica.

Los escritores españoles coinciden en la urgencia de reformar las instituciones y robustecer y orientar el alma colectiva, como el único medio de evitar, según ellos, la catástrofe que, desde el 98, se viene insinuando con caracteres alarmantes.

El “problema de España” y la solución de este problema han sido motivo de las más formidables controversias. Para Unamuno la solución radica en lo que yo llamaría “la conciencia de la raza”; para Costa en la moralidad administrativa y en la renovación del Derecho actual; para Ganivet en la tolerancia y en la concordia; para Azosun en la “revisión de los clásicos” que conduciría a la conciencia de la raza. . Cada escritor ha levantado su edificio personal, lo cual, si bien pone de relieve una gran anarquía en las ideas, manifiesta, por otra parte, la unanimidad de pareceres respecto a la urgencia de solucionar cuanto antes lo que ellos han dado en llamar “el problema de la España moderna” (2).

Sea o no fundado el temor que abrigan los pensadores españoles, lo cierto es que Marquina se ha dejado impresionar por una campaña tan árdua y consecvente, y movido por el legítimo deseo de que nuevos y gloriosos días viva su patria y por la naturaleza de su espíritu, que ama el heroísmo en sus manifestaciones absolutas, el poeta ha realizado en su obra dramática el esfuerzo que, según él, las circunstancias requieren.

Lo ha hecho con amor y con fé; “porque este hombre es todo fé”, ha dicho Gómez Carrillo. En verdad, es todo fé. Fé en el Amor, en la Verdad, en la Justicia, en el Pueblo, en la Piedad y en la Familia. En “María La Brava” exalta la justicia; en “La Alcaldesa de Pastrana” la humildad; “En Flandes se ha puesto el Sol”, la raza; en “Elegías”, la familia; en “Canciones del momento”, el civismo. Ha tocado los sentimientos

que vibran en estas palabras generales; estas fuerzas que clasificarían de metafísicas los sociólogos contemporáneos, pero que no por eso han dejado de constituir en otras edades la energía directriz del espíritu colectivo.

Pero lo que hiere más hondamente la sensibilidad del poeta, es Castilla; Castilla antes que nada; Castilla que es el baluarte de la raza y que guarda el secreto de una futura cosecha nacional, de una triunfadora germinación hispana.

¡No! Castilla serena, dominadora, recia;
pueblo inflexible, pueblo que triunfa y que desprecia;
tú, que sentiste en la preñez de tu coraza,
el prematuro impulso de un corazón de raza;

tú, Castilla central, de los secos ardores,
de la energía enjuta, de la tierra sin flores,
del ideal sentido como un dolor, del pasmus
místico que deriva raudales de ensusiasmo,

no desmientas la ley de tu estirpe; revive
tu odio, el que te hizo grande, deja que en él se avive
la llama singular de tu destino; grita
atávicas iras a la raza maldita.

Y luego en el envío:

¡Antes ser que morir!... Lira mía, tu acento
del áspero camino no se aparte un momento;
deja a la sabia Europa que sabias sendas trace,
y habla una lengua nueva a una España que nace (3).

En otras estrofas vuelve a solicitar de su pueblo una decidida cooperación en la grande obra venidera, y para ello encuentra estas palabras que resumen sus creencias sociales:

No rechaces, cobarde, con la mano
la misión que te ha sido confiada;
pueblo: mira que es ella como espada
y tu puño ha nacido castellano.

En "Estrofas votivas" de "Canciones del momento" vuelve a manifestar estos superiores anhelos de heroicas empresas y reclama para él el honor de cantarlas, uniendo en un solo canto el fuego de la raza y el laurel de futuras conquistas. Y en un arranque magnífico habla a su hijo, en quien vé al ciudadano forjado en molde griego:

Tú, que te harás con tus manos tu suerte;
tú, que ya recio te plantas, al verte
bajo aquel arco triunfal de la plaza,
maldíceme, si llego a la muerte
sin entonar un canto de raza.

Toda su obra es un canto de raza. "A la vieja idea de justicia, exaltación, pasión y blasón de nuestros nobles y de nuestros plebeyos que ha engendrado, engrandecido, fijado y perpetuado la raza castellana", dedica los cantos de "Doña María La Brava".

El capitán Diego Acuña, arquetipo del individualismo castellano, en la celeberrima escena final del segundo acto de "En Flandes se ha puesto el Sol", después de "obedecer pero no cumplir" el rescripto del príncipe Alberto, se inclina cortesanamente y dando al viento las plumas de su sombrero, que figuran la llamarada del romance,

España y yo somos así, señora.

dice con ingénito donaire, como si quisiera cristalizar en un ademán heroico el alma bravía, generosa y singularmente contradictoria de su pueblo.

Este personaje—símbolo y síntesis según el anhelo que lo creara—ha sido objeto de rudos ataques. Sin embargo, tengo para mí que Diego Acuña, con todos sus defectos, más intuído que analizado, es una figura históricamente verdadera y políticamente eficaz.

Hable de su realismo toda la epopeya castellana, en la cual la unidad del guerrero es absoluta, hasta el extremo de que para encontrar la masa genuinamente colectiva, fuera preciso recurrir a las conmociones internas y no a las empresas de dominio.

Don Diego Acuña es un "segundón de casa grande", como él mismo lo dice. Nacido hidalgo y acometedor, quijotesco como héroe de caballerías, igual a todos los de su raza, hubiera venido a las Américas con Pizarro o con Balboa; hubiérase dejado matar en las cruzadas, o, simple curial, hubiera escrito versos amorios o cobrado alcábalas en las poblaciones de Castilla.

Don Diego Acuña es el compendio de los hombres de su raza, no porque él los sintetise a todos, sino porque es igual que todos. Y este Diego Acuña es Castilla que, derrotada en Flandes, tiene aun la energía suficiente para imponer a los vencedores el espíritu bizarro de su raza.

En "Doña María La Brava", castilla surge otra vez haciendo flamear sus viejos ideales de justicia. Doña María López de Guzmán es, a mi juicio, el personaje más completo de los creado por Marquina.

En "La Alcaidesa de Pastrana", aparece, nimbada de resplendor aureo, Santa Teresa de Jesús, con su humildad, con su firmeza de carácter y con su gran alma llena de amor y sacrificio.

En "Por los pecados del Rey", la figura misteriosa, conventual y rígida de Felipe IV, atraviesa trágicamente. El poeta, atraído por la sugestión de aquella figura indescifrable y honda, ha bordado una trama en la que María del Caudado ofrece el espectáculo de una hembra de Castilla, recia y fuerte, y el rey la agonía moral de un espíritu silencioso y huraño.

Las estrofas que van a continuación dan la clave del motivo inspirador de la obra:

FELIPE IV

De sombra el paso, a que no deje huella,
el alma vaga en la actitud vacía,
y por que nada se refleje en ella,
rota, hacia el fondo, la mirada fría.

Don Diego le pintó. Graciosamente
fijó el empaque del ruidado porte,
y hechó sobre el enigma de su frente
su melena sutil de oro del Norte.

Extrañolé, acabando, en el reposo,
lo cansado que el rey aparecía;
y quiso averiguar qué miraría
de aquel modo tan grave y doloroso.

Por si algo descubría,
siguió la dirección de su mirada;
volvió el rostro Don Diego y no vió nada;
la tragedia del rey no se veía.

En "El Rey Trovador", se aleja de sus preocupaciones castellanas y renueva los dúctiles y delicados metros provenzales.

En "Las hijas del Cid" desarrolla el episodio del desgraciado casamiento de Doña Sol y Doña Elvira, con los infantes de Carrión, relatado en el Poema. La formidable silueta de Rodrigo está diseñada con mano maestra (4).

El héroe se nos aparece en su vida familiar, acompañado de Ximena, el personaje femenino más cariñosamente diseñado por Marquina.

En definitiva, la obra dramática del poeta toca todas las cumbres del sentimiento castellano. Las fuerzas directrices de la raza, el honor, la justicia, el heroísmo, la nobleza... cobran en sus producciones la vibración y el ardimiento originarios, y se derraman, como un manto magnífico, sobre las debilidades del espíritu moderno.

Se ha dicho alguna vez que España tiene su patriotismo pendiente del pasado y que América se mueve en virtud de una ilimitada confianza en su porvenir.

El alma española vive—en lo que a su sentimentalismo se refiere en el siglo XV. Pero es una admiración estática, que no se resuelve en movimientos de progreso.

Y Marquina, que traduce en sus dramas esta situación colectiva, quiere además que la admiración se solucione en vigor, en entusiasmo y en belleza.

El pasado no sólo ha de proporcionarnos la emoción de heroísmo que contiene, sino también ha de empujarnos a crear una patria digna de las empresas que supo realizar en otras edades.

España, después de un dilatado ciclo histórico se siente como fatigada de su propio esfuerzo y únicamente tiene ánimos.

para recordar, y Marquina, con su acción dramática, procura que el recuerdo eleve el espíritu castellano y lo lleve a la prosecución de nuevas conquistas.

Tal es el poeta: representativo y luchador; encarna las ideas sociales de su pueblo y lucha por el advenimiento de una nueva patria. No sólo interpreta y distiende la trama común, sino que también pone, al margen de los sentimientos unánimes, sus anhelos de Patria, sus gallardías de hombre nuevo y su aírón encendido de poeta. Para él, la poesía no debe limitarse a embellecerlo todo; ha de procurar, además, engrandecerlo todo. La belleza ha de conmover los corazones, ha de exaltar las virtudes y ha de abrir nuevos horizontes a la vida y al trabajo.

Nicolás Coronado.

(1) La obra dramática de Marquina se aparta frecuentemente de la épica clásica y descubre una marcada tendencia lírica, que se manifiesta con caracteres evidentes en "El Rey Trovador", "En Flandes se ha puesto el sol" y en "La Alcaldesa de Pastrana".

Esta orientación dramática de Marquina ha dado margen a los críticos españoles para recordar las manifestaciones épicas de la dramaturgia del siglo diez y nueve y poner de relieve que el teatro español contemporáneo no cuenta con un verdadero poeta épico.

Entre nosotros, con motivo del estreno de "El retablo de Agrellano", uno de los críticos más apreciados del público porteño, declaró que Marquina es un poeta lírico cuyas producciones se alejan de las reglas que presiden la versificación dramática.

Sin que desee terciar en el estudio de tan difícil como apasionador problema literario, me limitaré a indicar que tal vez estas opiniones se resolverían en una sola si fuera posible determinar las condiciones en que el poeta realiza su labor frente a las complejidades de la vida moderna.

Es una regla demasiado general para no ser considerada en todo su valor, esta que ha enunciado el ilustre Menéndez y Pelayo y que me limito a reproducir sin agregar los argumentos que la apoyan: "Es condición inevitable de las epo-

peyas nacidas en edades cultas el tener mucho más de líricas y personales que de épicas y aun el deber al estro lírico la mayor parte de sus peculiares bellezas". (Antología de líricos castellanos. Introdud., pág. XLII).

(2) He querido con estas líneas proporcionar a los lectores una idea aproximada de las opiniones emitidas por los ingenios de la península respecto a la necesidad de orientar definitiva y lógicamente el espíritu español. En dos palabras no es posible determinar un movimiento de la trascendencia del que realizan los pensadores hispanos; además ni el espacio de que dispongo, ni mis condiciones intelectuales me permiten, por ahora, considerar más extensamente los diversos aspectos de la cuestión.

Por otra parte, debo dejar constancia de que sólo he recordado la parte sustancial de las ideas emitidas y de los medios que se proponen para su desarrollo. Ganivet, por ejemplo, no sostiene exclusivamente el principio volteriano de la tolerancia. Sus teorizaciones son más vastas y complejas y están contenidas en el "Idearium español", "Conquista del reyno de Maya", etc.

Lo mismo puede decirse del resto de los escritores peninsulares han abordado el estudio de la actual situación de España.

Azorín es el único que puede exceptuarse de las palabras anteriores, pues ha concretado su pensamiento en una fórmula: "la revisión de los clásicos".

El propósito de Azorín ha encontrado una decidida simpatía entre la juventud española. Recientemente un distinguido novelista, Alberto Tuzúa, en el prólogo a su traducción de un libro de Baviés, ha hecho mención a la urgencia de realizar lo que él denomina "El historial de la raza", deseo evidentemente inspirado en Martínez Ruiz.

(3) No se me oculta que las composiciones de Marquina que he seleccionado no son las más brillantes ni las que descubren mejor su valor poético. Pero no es este un trabajo de delecta-

ción literaria, sino un ensayo de crítica, para cuyo éxito me ha sido imprescindible recurrir a los trozos que menciono.

(4) Refiriéndose a "Las hijas del Cid", dice Menéndez Pidal:

"Du plus profond de l'oeuvre se degage une poesie á la fois familiere et tragique, que l'emploi d'un metre nouveau, quaiqu'encore mal epuré, nuet en pleind valeur.

Une des merites de Marquina c'est d'avoir été le premier dramaturgue que ait puisé son inspiration directement dans le vieux Poeme de Mon Cid". (L'epopée castillane, pág. 282).

(Notas del Autor).

GALERÍA DE PROFESORES



DR. ANTONIO DELLEPIANE

El amor, las mujeres... y los hombres

(Reflejos y reflexiones)

* * *

El amor aviva a las mujeres y aboba a los hombres.

* * *

El verdadero amor siempre se humilla.

* * *

El amor es una planta delicada que hay que regarla todos los días.

* * *

En amor, una sola mirada voltea todo un castillo de reflexiones.

* * *

Enojos de enamorados, "agua en cestillo".

* * *

La inseguridad es lo que más aviva la llama del amor.

* * *

Para un corazón contento no hay días de niebla. Para un corazón entristecido no hay días de sol.

* * *

La soledad es la madre del romanticismo.

* * *

Sólo en amor se vence dejándose vencer.

* * *

Femina feminae lupa.

* * *

A las mujeres no hay que creerles lo que dicen, sino lo que no dicen.

* * *

No es concebible sino como excepeión una amistad verdadera entre dos mujeres bonitas.

* * *

Ninguna mujer estima a un hombre que resulta indiferente para las otras.

* * *

Una mujer que sepa sonreír está a medio camino del Registro Civil.

* * *

A los veinte años las mujeres, en su mayoría, se fijan en si el candidato sabe hacerse el moño de la corbata, o en si lleva rodilleras en los pantalones; a los veinticinco les interesa saber, ante todo, cuánto gana; a los treinta cierran los ojos.

* * *

El mejor camino para conocer a los hombres consiste en estudiarse severamente a sí mismo, por aquello de que todos somos sustantivamente semejantes. El mejor camino para conocer a las mujeres consiste en no estudiarlas.

* * *

Nada hay tan grande como la vanidad fenoriana de los hombres, a no ser las pretensiones de una muchacha bonita de dieciocho años.

* * *

La mayor desgracia que puede ocurrirle a un hombre está en que lo compadezcan las mujeres.

* * *

Los fracasados se parecen a las solteronas en que no encuentran méritos en ningún hombre.

* * *

Si los hombres fueran ciegos, no se equivocarían tanto en la elección de las mujeres.

* * *

En los hombres, la fidelidad excesiva resulta contraproducente.

* * *

Nunca se justiprecia lo que se tiene muy a mano.

* * *

Un hombre que cultivara el punto flaco de sus semejantes, podría conducirlos, como a los toros de *pedigreec*, por las narices.

* * *

No hay como decir la verdad para que nadie nos crea.

* * *

En el fondo, el optimismo es una simple cuestión de glóbulos rojos.

* * *

Cada uno opina del país según el estado de su bolsillo. (¡Qué mal país América!).

Carmelo M. Bonet.

Mañana halagüeña

Temblaba luz tímida, luz de primavera,
En las muelles frondas. Mañana jovial
Corría en mis venas. Los troncos vetustos
Sellaban retoños con risas de savia.
¡Oh diáfanos aires más buenos que el pan!

¿Era yo Septiembre? Lagartos furtivos
Cual flechas de musgo radiaban al sol
Se estrechaban, manos ebrias, las raíces.
Los charcos tenían concilios de cínifes.
Saltando gozoso, créame un dios.

¡Corderos, corderos, vellones de plata,
Balidos que hacían quejosa la luz!
Luego un descornado buey entre gramilla.
¡Eh albañil, hornero! Su copa de bronce
Erguía calmoso, lejos, un ombú.

¿Me oíste, calandria, sibila del llano?
Porque te callaste reíme de tí.
Después me cantaron las cosas eternas
Y el viento erizado de flautas y cítaras...
¿No tendrá alegrías de prado el morir?

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

La intolerancia

Sabido es que la intolerancia, ese encerramiento de nuestra razón en círculos férreos; esa arma de múltiples filos a cual más ofensivo; esa mordaza de ideas, de raciocinios, de manifestaciones intelectuales, ha sido en todo tiempo la eterna cortapisa, la infranqueable muralla que la inteligencia humana tuvo por acérrima enemiga. Fué la espada, el escudo y la coraza de la mayor parte de las ignominias que ha tenido que soportar la humanidad.

Fué la intolerancia religiosa que inmoló tantos millares de almas para conseguir y sostener el acatamiento a creencias que glorificaban a un Dios que no se hartaba de chupar sangre humana; fué la intolerancia política que sembró de osamentas la corteza terrestre en toda su inmensa extensión; fué la intolerancia civil que aniquiló a hermanos de raza y los sepultó en la más espantosa de las miserias que imaginar se pueda; fué la intolerancia de individuo a individuo, de padre a hijo, que destruyó tantos hogares y malogró tantas energías!

Esta es la obra de la intolerancia. Y a pesar de la congoja que se apodera de nosotros al tener presente este rol tan funesto que ella encarnó para el desenvolvimiento de la humana civilización, no debemos, empero, asombrarnos de tales resultados. Tengamos en cuenta los factores que le han dado origen, y veremos que no podían ser otros.

En efecto. La mente de nuestros antepasados, moldeada y disciplinada en los dogmas religiosos que tan categórica y rotundamente proclaman la posesión de la verdad absoluta sobre los más trascendentales problemas que se le plantean al hombre, no pudo concebir "esos matices delicados" que nosotros

calificamos con los términos de *probabilidad* y *posibilidad*. Eran términos, éstos, que infundían terror, que caotizaban las conciencias. Y así como para nuestra propia seguridad hemos inventado anteojeras que ponemos a los caballos que enganchamos con el deliberado propósito de que no los asusten posibles impresiones que pudiesen venir de uno y otro lado, para que de este modo, no viendo más que una sola dirección, la recorran con la despreocupación y el vigor de la ignorancia, bajo el látigo autoritario que los azota, así, nuestros padres, sintiéndose tan cómodos con la posesión de la verdad, y para evitar que la impertinente duda golpeará en las puertas de su razón, han adoptado una serie de medidas para que esto no suceda: se han atrincherado, declarando sus convicciones inexpugnables. De esta suerte, ni remotamente pudo pensarse en ponerlas sobre tela de juicio. Pero, viendo que no todos asumían esta actitud, creyeron un deber ineludible, imponerla. Y entonces, no vacilaron ya en la elección de los medios para conseguir su objeto y tranquilizar, así, su conciencia con el deber cumplido. Por otra parte, se trataba de salvar a la humanidad! . . .

De este modo, surge evidente el por qué del espíritu de intolerancia que ha caracterizado a los hombres del pasado. Su génesis está en el dogma religioso. Hoy, que este lazo esclaviza cada vez menos a nuestras conciencias, parecería que la tolerancia más amplia debiese presidir nuestros actos. Desgraciadamente, esta apariencia se eclipsa ante la realidad, que nos demuestra, si no todo lo contrario, sí su existencia en buena parte. Lo que ha desaparecido — hecho, éste, que no deja de constituir toda una conquista — son los medios a los cuales el hombre echaba mano para imponer las verdades que él creía poseer. Es un paso gigante que la humanidad ha dado: pero, de la intolerancia misma, aun conservamos no pequeña dosis.

Hay una tendencia, una aspiración casi unánime que, traducida en hechos, terminaría por sacudir con ese atavismo que tan hondas raíces ha echado en nuestro sér. Pero, a esta aspiración es necesario — nuestro grado de cultura nos lo impone — unir el contingente más ardiente y sincero de nuestra actividad. De otro modo, ella difícilmente triunfará, y hasta es posible que se cristalice adquiriendo los caracteres de una utopía. Y desde el momento que la tolerancia nos merezca este calificativo, hasta es fácil que se produzca una regresión y nos

ponga en el caso de vivir los buenos, los simpáticos tiempos del pasado...

El desenvolvimiento de la inteligencia humana ha llegado ya a un grado tal que le permite sospechar la múltiple variedad y la infinita categoría de aspectos con que se nos presentan las cosas en este mundo; podría ya entrever la absoluta imposibilidad de dar una solución única a los problemas que se nos plantean.

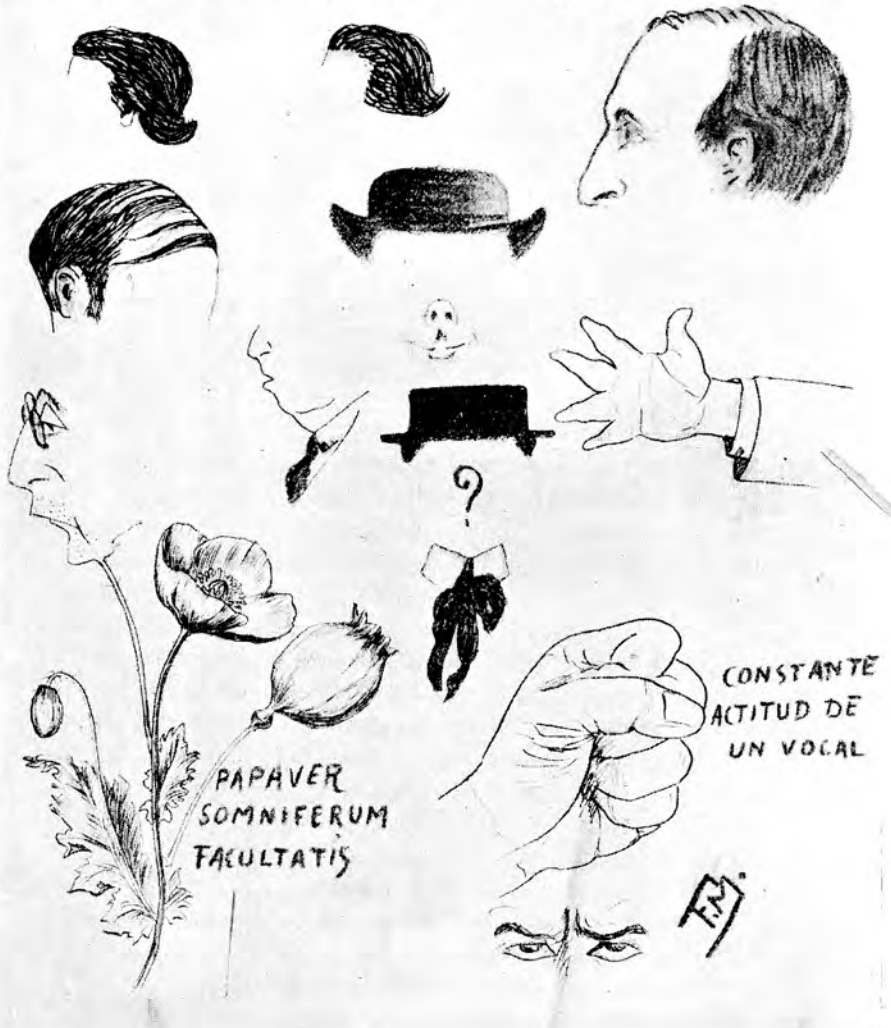
Es preciso, entonces que cada uno de nosotros adquiera la convicción de que el testimonio de los demás puede ser el complemento del nuestro propio; y que, mientras la tolerancia no impere en la mente de cada uno, nuestra grandeza siempre ostentará un balón de ignominia.

León Bronstein.

MIXTURA

EL DUO COMATUS

EL DR ANGELICUS



PAPAVER
SOMNIFERUM
FACULTATIS

CONSTANTE
ACTITUD DE
UN VOCAL

RASGOS CARICATURESCOS

Lo afectivo en el amor

Has creído querer cuando, sólo, un vulgar apetitillo torturaba tu ineducado organismo; has sentido la provocación agri-dulce de un seno osado, la voluptuosidad de una opulenta cadera, la frescura de coralina mejilla o la tibieza del beso de dos labios rojos... y, argumentaste que eso era tu ideal, eso tu afán, eso el complemento de tu vida. Cuando, sólo, tu carne, cual fiera en acecho, en mal contenido predominio de animalidad, deseaba cumplir con un mandato orgánico, tú creíste que era amor, afinidad de espíritus...

Es cierto que unas formas de mujer pueden distraerte, que una intencionada mirada puede estremecerte, que el roce de un aliento juvenil y fogoso puede abismarte. Pero, esto está en relación directa con tu animalidad; es tu concupiscencia, producto del medio ambiente o de la herencia, que mueve el engranaje íntimo de tu sér; eres, así, forzosamente mandado y tu pobre "ego" queda imperceptible, diminuto, librado al azar de unos ojos o al capricho de un beso.

Para convencerte de ello, de que eres un mísero esclavo de la ostentación ajena, piensa un instante en los diferentes grados del gusto en el amor; desde el hombre que apetece lo mo-fetudo, ordinario, abundante y lujurioso, hasta el hombre que gusta de un figurín elegante, diminuto, de una monadita de chica, de lo picareesco de unos ojos o de la gracia de una carcajada. La diferencia es evidente y enorme; en esa escala ascendente es la animalidad que disminuye en progresión continua; y, no lo dudes, el segundo ha eliminado mucho de su bestia y tiende a alcanzar la meta incognoscible del amor, a descifrar ese enigma que, no por ser pronunciado por todos, es comprendido por pocos, siquiera. Y esto de la comprensión del amor, es conveniente que te convenzas que es otro punto cuyo sentido no llega a penetrarse en tu círculo; tendrás una concepción poco más o menos acabada; formarás todo un sis-

tema en que tú actuarás con más o menos acierto y con toda expansión; pensarás vivir feliz...; pero esto es completamente personal, sólo tuyo, y lo peor del caso es que no eres tú el forjador del sistema, sino que vas colocando, ladrillo sobre ladrillo, todo tu depósito, para alzar el edificio cuyo esquema te ha fijado el ser dueño de lo picaresco de unos ojos o de la gracia de una careajada.

Y aquí es bueno que, concentrándote en tí mismo, pienses en la finalidad de este sistema.

Es probable que al ir entregando materiales para el edificio y cuyo importe te es recompensado en abundancia de caricias, en frenéticos besos y en concesiones refinadas, llegue el momento en que encuentres tu filón agotado, exhausto, y entonces sentirás el hastío, el terrible hastío que hará desmoronar a pedazos tu interminada construcción; entonces sentirás los desengaños, hallarás fría tu existencia y serás uno más de "esos bárbaros que se matan por una mujer"; y digo bárbaros, porque ni siquiera es suicidio voluntario, que ni siquiera tiene la belleza y lo altivo de sentirse indomable y temerario hasta para abofetear la propia vida; pues, eso, no es más que una inmola-ción que se te impone; serás una pobre e inocente víctima sacrificada por la codicia de otros; un indefenso timonel a quien la borrasca de la vida arranca de su puente para sepultarte en la nada.

Este es el caso con su "visus" penitente, y tú, puedes creerte capaz de llegar a completar el edificio.

Te veo, pues, laborioso, convencido de alcanzar ese fin; te contempló satisfecho con tu labio humedecido por el voluptuoso descanso, con tu pecho anhelante que va refrenando sus espasmódicos impulsos. ¡Al fin llegaste!... ¡La palma es tuya!...

...El tiempo, el viejo eterno, marcó su intervalo y á tí, que desbordabas de alegría, te veo decaído, entristecido. Tu beatífica sonrisa se ha trocado en desencantada mueca de congoja, y tus labios, esos labios que libaron el apetitoso néctar, espumoso del momento, hoy son hojas mustias, ¡pobres azucenas que en su agonía se abrasan por no tener una gota de rocío esparcida en sus pétalos!... Ascendiste, llegaste a la cúspide de la pirámide y allí, envuelto en tinieblas, tú (avezado a correr con la ayuda de Ariadna), te encuentras solo, indeciso.

extraviado de tu camino. Eres un fracasado que al cumplir una orden quedaste perplejo: desde hoy tu punto de actuación entrará en el infinito círculo de lo olvidado sin la esperanza de que una pródiga y providencial tangente pueda arrancarte del misterio. Tus fuerzas nulas, tus esfuerzos vanos, tu "ego" destruído, irremediamente llegarás al punto precitado: al hastío. Verás como la boquita, antes de miel para tí, cuyo beso ératé un encanto y cuyo aliento un incienso, hoy es un detalle de la cara humana; es el órgano por medio del cual se alimenta un organismo. Y esos ojos negríssimos, esos bucles de azabache que formaron, otrora, tu dulce cadena, esas manos, esos senos, esos párpados... ese cuerpo, todo te es trivial, aburridamente común, y te hastías... te hastías... Y si la casualidad no te socorre con estímulos terceros, acabarás por ser, también tú, bárbaro: cándidamente sucumbirás a tu hado.

Es que en ambos casos, sea en él de "visus" penitente o sea en este otro de "visus", si se quiere, risueño, has tenido la misma norma; con diferentes badajos tocaste la misma campana; te preocupó algo real, circunscripto, *finito* y a la larga habías de alcanzarlo; y tú sabes que todo lo que se posee, cansa; la meta alcanzada no tiene estímulos: el *champagne* para quien lo usa como vino de mesa no constituye una sorpresa, si se regala con él: la regla es continua, monótona; la excepción es suspicaz y excitante.

Lo finito es relativamente fácil, pero, al cabo, finito: tú lo buscaste y lo alcanzaste, terminaste tu cometido. Creíste en demasía en el adagio: *Finis coronat opus* y fatalmente arribaste... al hastío. Debías haber pensado que el *finis* que corona la obra, no era de tu dependencia, que ese *finis* era inalcanzable, que se encontraba siempre delante de tí, pero nunca en tí, que él principiaría cuando tú dejaras de existir, que era el foco al cual convergen los rayos de tu eclipse; que los rayos lo alcanzan, pero la eclipse no; más aún: que ese foco engendraba tu eclipse (tu radio de acción), pero lejana, abstracta, hipotética.

Desecha, pues, esa eanción, infructuosa y maligna, acoge en tu espíritu de hombre superior, ráfagas nuevas, eternas, que perenne e infinitamente ventilen tu adamantino castillo del

pensamiento. Fórjate un ideal, elige tu acompañante y brega por él indefinidamente. Que tu acompañante no sea un instrumento para tu andar, que ésto sería simplemente mundano y cobarde, ni un amo que te arrastre encabestrado, pues sería pueril y vergonzoso. Y, que tu ideal sea infinito, abstracto, divino; piénsalo bien: que sea Dios, si es preciso, pero que no entre en el dominio de tu poder. Y así, en la comprensión recíproca de dos cerebros que mutuamente se nutran con la fecunda savia del saber, de la duda y de la fe; en el incansable acicate de llegar, te sorprenderá la muerte sin que hayas meditado por un momento, en la relación tuya con la de tu acompañante, sin que te hayas parado un instante a bostezar...

Y la pupila negrísima, inmensa, tal vez te descubra un nuevo misterio; el incensario aliento y la santuaría boca, un medio de purificarte de tus bajos deseos; el venusto cuerpo para cultivar tus estéticos sentimientos de asceta...

Desecha a la hembra y guárdate de la bestia; y si te crees incapacitado para ello y estás seguro de que, solo, te bastas, recoge entonces tu extendido manto, vívete solo en tu pura intelectualidad y deja que tus corceles vayan libremente a relinchar en los fueros del deseo..... Tal vez, así, cumplas con otra misión, tal vez recabes y otorgues algo; pero, detente al jurar eterno amor a una mujer, si las pesas del ideal y de la bestia se balancean... si la voluptuosidad de opulenta cadera te obsesiona... si un osado seno te tienta... si la tibieza de dos labios rojos te martiriza.

Jacinto J. Cuccaro.

Un Studio de Liszt

Las aguas del lago tranquilas reposan;
duermen las ninfas, duerme la selva umbría.
El ramaje modula su eterno arrullo,
en los rayos la luna sus besos manda...
Y duerme así la selva, y así las ninfas
en la playa del lago sus cuerpos tienden...
Todo, todo soñando, cede a la noche
sus reflejos serenos de azul violado...

Entretanto las aguas del lago mansamente
sus ondas a la orilla comienzan a llevar,
la selva ha sacudido su inmensa cabellera,
las ninfas han coreado los ecos de un cantar.

Cantar fuerte y sonoro,
vibrante como el alma del cantor,
y suave, melodioso,
con las cadencias dulces de un amor...

Orfeo, acompañando su voz con lira de oro,
pesó, y los acentos del canto celestial
las hojas del ramaje vibrando repitieron
coreadas por las ninfas del lago de cristal...
Del coro, suavemente, la voz se fué apagando
y por la selva, Orfeo cruzó como visión:
murió el último acento... lejano... en el follaje,
y a unirse fué a las brisas el són de la canción...

Volvió a dormir la selva. Las ninfas, junto al lago,
sus cuerpos en la playa volvieron a inclinar,
las ramas del bosque, de arrulladoras notas,
los sonos apagados volvieron a entonar...

Y así otra vez la selva. Y así las ninfas
en la playa del lago sus cuerpos tienden...
Todo, todo soñando, cede a la noche
sus reflejos serenos de azul violado...

Jorge M. Piacentini.

DOS CARTAS

HEBE A JORGE

San Isidro, Junio de 1914.

Amigo:

Ahora que todo ha pasado, ahora que ya fué todo lo que ha sido, ahora que en nosotros ya se ha hecho la calma, quiero como antes decirte las emociones de mi espíritu:

El pasado no es pasado, es presente muy fluído, se infiltra, penetra nuestra vida y vive en torno nuestro.

¡El pasado!... ¿Crees tú que haya pasado? ¿Crees que porque han transcurrido minutos, horas o días, lo que fué ya no es? ¿Crees que todo lo que fué nuestro ya no existe, por el mero accidente de tiempo? No, en tu alma, en la mía, ha dejado impresa su huella y vive nuestra vida y crece y canta, y llora... El presente está todo hecho de pasado!...

Ayer... ¿Por qué no estabas allí? Reviví los años ya preteritos. La herida volvió a abrirse; pasaron ante mis ojos una a una, las imágenes de otro tiempo y se reproducían tan fieles, tan exactas, en el ambiente tan igualmente idéntico, que sentí la existencia real de tu presencia invisible.

Tú estabas allí. Yo no estaba en Buenos Aires, estaba en París; no visitaba una exposición de artistas argentinos, en el Museo Nacional de Bellas Artes, sino una exposición en el Salón Annuel.

Eso no era presente, era pasado que se repetía con la cruel nitidez de las cosas idas.

Eran las mismas sonrisas, los mismos elogios, los mismos amigos, los que me hablaban y la cabeza de Tito, con su mirada franca, su frente de pensador y su sonrisa escéptica, era la misma que admiramos en el taller de Gonzalo.

Esa cabeza, ante la cual los dos sentimos el aleteo del arte. ¿Recuerdas?... nos quedamos sin hablar, cada uno seguía su sueño interior, luego supimos que era el mismo.

Dijimos eso—pero no era así—. En mi sueño de mujer un poco artista, no podía haber más que tú, esa sensación de Gloria, esa espiritualización total de nuestros seres, sólo me la podías dar tú y te ví grande, heroico, nimbado con una aureola de arte; la Gloria resplandecía en tu frente, pero tus labios expresaban el dolor, la desilusión, la amargura de la sonrisa de Tito.

Tú en cambio, en tu concepción de hombre fuerte, no pudiste soñar como yo, no presentiste el cortejo de infinitas tristezas, de desesperanzas, en que el alma dolorida gime y solloza no pudiendo saciar su sed de ideal.

Sólo viste la Gloria, su resplandor te deslumbró; en tu sueño iluminado por el claror rutilante de sus destellos, los lauros, no te los pude dar yo. Yo te veía sonriendo como un vencido y tú sonreías como un vencedor. En mi sueño sólo vi un hombre, tu viste el Mundo.

Esto que digo, no son reproches, escribo así al azar, lo que pienso.

Me has dicho: más tarde, cuando todo esto por lo que dices sufrir, sea pasado, me comprenderás; entonces tu alma o más bien tu sensibilidad, atenuada en la violencia de su sentimiento, reflexionará. La reflexión trae la calma, ¡verás como tengo razón!... Y al irme, en tu último adiós, hubo algo de la compasión que se tiene para con un niño enfermo.

Jorge, no soy un niño, el pasado para mí es presente... Pero... y disculpa si hiero con esto tu amor propio, tenías razón... he olvidado... La reflexión trajo la calma. Lo que soñara en París, en el taller de Gonzalo, fué realidad en Buenos Aires, si algo cambió la culpa no fué mía... Y ahora como entonces, la frente serena de "mi héroe" resplandece de luz: la gloria habita cerca de él. Sus ojos enérgicos y oscuros tienen para fijarse en mí, caricias delicadas, pero su boca, no sonrío como la tuya, sino, suavemente como la de Tito.

Jorge, amigo querido, tierno compañero de mi niñez y de mis romanticismos juveniles, a pesar de todo, sé que me querías bien, pienso que tal vez ahora sientas un poco la nostalgia del pasado, que tal vez sufras, que quizá te alegres y puede ser que... pero no. De cualquier modo quería ser la primera en decírtelo.

Ahora que todo ha pasado, ahora que ya fué todo lo que

ha sido, ahora que la niña enferma ha curado, ¿por qué no vienes a contemplar el Plata, desde la balsámica terraza de nuestra vieja quinta?

¿Vendrás?

Toujours tendrement.

Hebé.

JORGE A IEBE

París, Julio de 1914.

Hebé:

Tú exiges de mí, más de lo que un ángel puede exigir de un hombre.

He aquí sintetizado todo lo que encuentro en mi corazón, después de interrogarlo íntimamente, como respuesta a tu carta. Y nada más te diría, después de besar tu mano "toujours tendrement" como tú dices, y después de rehusar la contemplación del Plata, desde la terraza de nuestra quinta, porque en el fondo soy malo y nunca me alimentó la vanidad del sentimentalismo. Sin embargo, quiero saciar tu curiosidad femenina y explicarte mi respuesta.

Me amabas pasionalmente y ya no me amas sino como a un amigo querido, a un amigo de la infancia: he interpretado así el simbolismo de tu carta. Ahora es otro tu héroe; has arrancado tu ideal de mi cara, como se arranca una mascarilla mortuoria, y la has colocado sobre la cara de tu nuevo héroe; adoptas una actitud melancólica y pareces pedirme disculpa por la sustitución o por la herida que supones pudieran ocasionar en mi amor propio tus palabras. Al mismo tiempo, y esto es en la carta un punto esencial, me consideras responsable de lo sucedido, porque dices, amé la gloria más que a tí. (¡Qué error! Tu mirada caída dulcemente sobre mis ojos irradiaba en mi alma más claridad que la gloria de todos los héroes!)

Si te fuera posible mirar con tu alma el corazón de un hombre, comprenderías que aun suponiendo exacta tu interpretación de lo que ha pasado entre nosotros dos, tu reclamo a la tierna y antigua amistad es artificiosa, extraña, y no hiere

el amor propio, pero sí lastima la dignidad y la hermosura del amor.

El amor es delicado y más bien clásico que moderno. . . . Quiero decir que no le gustan las transigencias, las combinaciones complicadas, las situaciones anormales que abundan en la vida contrahecha, agitada y estéticamente bárbara de nuestros días.

El verdadero amor se horroriza de la más vulgar amistad que quiere ocupar el sitio que ha dejado su persona divina. Pero no sólo exiges esto. Exiges algo peor, algo capaz de sublevar a todos los dioses imaginados por los griegos. ¿Has pensado, Hebe, qué papel te empeñas en hacerme representar? ¿Te figuras mi situación en la terraza de la quinta, si contemplando el Plata dulcemente, con las manos enlazadas con ternura, una ternura de hermanos, absolutamente casta, se aparece de pronto tu héroe, con sus ojos enérgicos y oscuros? . . . No caricias delicadas, rayos de furor tendría entonces su mirada.

Es imposible suponer que consintiera en comprender la pureza de nuestros sentimientos.

Y si lo consintiera, el furor se me transmitiría. Imagínate mi situación. ¿Me piensas tan hipócrita, tan vil, tan insensible a tus encantos y al contacto suave de tu mano preciosa, que pudiera presenciar impasible el cuadro de amor que ustedes representarían ante mí?

No, Hebe, es preciso mirar la realidad tal cual es. Si has dejado de quererme, suponiendo que en aquel tiempo me querías (porque pudiera ser que sólo te enamuraba la mascarilla heroica que pusiste sobre mi cara, con la sonrisa escéptica de Tito, quien para mí es un imbécil), si has dejado de quererme, si has olvidado la dulzura de nuestras caricias, no me hables tampoco de amistad. Pero háblame de amor otra vez, confíesame como antes que la vida sin mí "te sería tan triste"—y entonces Hebe, yo seré siempre el mismo que amorosamente se rendía a tus pies.—*Jorge.*

Lilia Lacoste.

El sentimentalismo estético

“Valiéndose del lenguaje de los románticos alemanes, Roberto Vischer introdujo en el vocabulario filosófico las expresiones intraducibles de *Einfuehlung*, *Anfuehlung*, *Nachfuehlung*, *Zufuehlung*, para designar varios grados de la proyección de nuestra vida afectiva en los objetos simpáticos, especialmente en los objetos bellos; objetivación cuyo resultado es una identificación del objeto con nosotros y de nosotros con el objeto .

Cuando objetivamos solamente nuestras sensaciones, como en el sueño, nuestro estado de conciencia no resulta estético en sí mismo; pero, si objetivamos un estado de alma más profundo, si prestamos al objeto representado el propio sentimiento que tenemos de nosotros mismos, nuestra personalidad entera, entonces nuestro pensamiento es estético. Tal es el concepto de la *Einfuehlung*.

Lalo: *Les sentiments esthétiques*, (p. 55.)

I

“Se suele designar al sentimiento como órgano de la belleza”. Esta fórmula de Ziegler y repetida por Volkelt, tomada en su valor estricto, significaría la negación del papel preponderante que otros estéticos reconocen en el pensamiento estético a la sensación, al placer sensible, a la inteligencia, a las varias modalidades del juicio reflexivo, o, en fin, a la actividad de juego de nuestras diferentes facultades. Desde el primer momento parece extraña una doctrina que relaciona una actividad tan compleja y concreta, como la de nuestro pensamiento estético, con una única función psicológica, aunque sea esta nuestra vida afectiva, por complicada que fuera (1).

(1) Las fuentes principales de esta exposición, fuera de la obra ya indicada de Lalo, son: J. Volkelt, *System der Aesthetik*, München 1905-1913. V. Basch, *Essai critique sur l'esthétique de Kant*, Paris 1896.—La literatura especial del tema es en su mayor alemana, siendo las obras más notables las de Rob. Vischer: *Ueber das optische Formengefuehl*, Leipzig 1873; Th. Lipps, *Psychologie des Schoenen und der Kunst*, Hamburg 1903; M. Diez, *Theorie des Gefuehls und Begrueendung der Aesthetik*, Stuttgart, 1892.—Alguna reseña de estas obras se encuentra en la parte histórica de la *Estética* de B. Croce.

Este sentimentalismo estético tiene alguna relación con ideas confusas y tradicionales, que pasaron, durante largo tiempo, por la última palabra del buen sentido en materia de estética.

En el siglo XVIII se hablaba en presencia de las obras de los artistas y de los mismos artesanos, de buen y de mal gusto, y si se insistía para tener una aclaración de lo que es el buen gusto, la contestación cortés era que el gusto *es un no sé qué* que se siente y no se analiza, *de gustibus non est disputandum*. La contestación más frecuente era de injuriar a quien no tenía un gusto conforme con el del crítico de profesión o de ocasión.

Si algún analista más sutil quería esbozar una definición del gusto, decía con Voltaire que el gusto es un "sentido natural exquisito y acertado de la perfección"; y este sentido natural —es decir, don gratuito de la naturaleza—es también un sentimiento.

Sin embargo, Herder trató de analizarlo en sus consideraciones sobre la ciencia y el arte de lo bello y habló de *simpatía*, y más tarde Hegel (1825) escribía: "El propósito del hombre en el arte es de volver a encontrar su propio yo en los objetos exteriores". Tales fórmulas contienen como en germen lo que, en 1873, escribiera Ziegler en las líneas que encabezan el presente escrito.

Un ejemplo permitirá entender mejor. Si asistiendo a la representación de "Romeo y Julieta" nuestro corazón late al unísono del de Romeo, es que en cierto grado experimentamos nosotros también su amor por Julieta, es que nuestra intuición del objeto estético se acompaña de un contagio de los estados afectivos que adivinamos en él. En eso consiste todo el misterio de la *Einfuchlung*.

Consiste, pues, en una especie de antropofornismo simbólico por el cual suponemos y prestamos a los demás seres y a toda la naturaleza ciertos estados de conciencia que vivimos después.

Ahora se puede objetar que esta simpatía no se encuentra exclusivamente en el sentimiento estético, y que, por consiguiente, esta simpatía o *Einfuchlung*, para ser propiamente estética, requiere caracteres distintivos.

Volkelt determina los siguientes:

1.º es inmediata en cuanto es espontánea y no necesita de

las hesitaciones, experiencias, averiguaciones porque pasamos en la vida ordinaria cuando tratamos de interpretar los gestos y la fisonomía de los demás hombres;

2.º es más completa, en el sentido de que en la vida ordinaria una cantidad de observaciones anteriores y de costumbres estorban nuestra interpretación de la actitud ó del acento de un amigo;

3.º tenemos a veces el sentimiento de la insuficiencia de esta simpatía en su calidad de conocimiento y al mismo tiempo de su necesidad inevitable.

Ya en 1892 Raúl Gross, en su *Einführung in die Aesthetik* había reconocido en el pensamiento estético una "imitación interna, principio de una imitación externa correspondiente con nuestro instinto de imitación y que adquiriría un valor estético cuando se desarrolla por juego y sin interés positivo. La simpatía interna o *Einfuehlung* de Lipps y de Volkelt vendría a ser como el punto culminante de esta actividad.

Pero nuestros movimientos imitativos (que sean completamente desarrollados y aparentes, como cuando instintivamente marcamos el compás o ritmo de una música, o que sean inhibidos en su manifestación muscular), no implican necesariamente la atribución de sentimientos al objeto que los ocasiona, mientras esta atribución se debe agregar al concepto de la simpatía estética o *Einfuehlung*. Así cuando decimos de una columna que ella se endereza, resiste, contrarresta, esto quizá lo imitamos por ciertas tensiones de nuestros músculos, pero sobre todo transportamos en la columna nuestra experiencia muscular y emotiva y casi sería más exacto decir que es ella (la columna) que suponemos que nos imita.

Sin embargo, Lipps rechaza esta intrusión de la actividad corporal y protesta contra una definición de la *Einfuehlung* o simpatía estética que haría de ella una representación del estado de tensión de nuestros músculos complicada de estados afectivos.

Lipps ve en esto solamente elementos previos de la impresión estética, elementos que la condicionan y en ocasión de los cuales "se realiza una manera de estar de la constitución interior de nuestra vida de que son ellos el símbolo". Y así se llega a un simbolismo estético que se injerta con sus elementos intelectuales en el puro sentimentalismo estético.

Con eso se da una explicación que vale lo mismo para explicar el *sentimiento de lo bello*, o “*libre acompañamiento interior*” del objeto positivamente simpático, y también el *sentimiento de lo feo*.

Si soy objeto de una manifestación de desprecio, siento mi personalidad disminuída, es decir, yo vivo un momento en mi fuero interno este sentimiento, para luego oponerme a él. La condición para estar conmovido por este desprecio es su reproducción interna. Así resulta que la *Einfühlung* o simpatía *negativa* es la negación de la *positiva*, lo mismo como un juicio negativo es la negación de un juicio positivo, pero en cuanto juicio resulta una operación lógica de la misma naturaleza y sometida a las mismas reglas.

La conclusión de Lipps es que “El sentimiento de lo feo es la objetivación del sentimiento de la negación de sí mismo, el sentimiento de quien vive y al mismo tiempo objetiva una negación de su propia vida”.

V. Basch, profesor de estética en la Sorbona, apoderándose de esas ideas de Lipps y de Volkelt (*Essai Critique sur l'esthétique de Kant*) llega a poner como principio de la estética *la simpatía simbólica*, puesto que lo que da un carácter *estético*, a ciertos sentimientos simpáticos mientras otros no lo tienen, sería que aquellos resultan de una simpatía que nos identifica parcialmente con los objetos que les provocan. Y esta parcial identificación responde a la misma noción de símbolo.

Si se dice del león que es símbolo del valor, es que unimos las dos ideas de león y de valor y que las vemos unidas en uno de sus elementos que les es común, aunque estén diferentes bajo todos sus demás aspectos. Y gracias a eso aunque inadecuadas la una a la otra, las dos ideas se expresan mutuamente. Ahora bien, dice Basch: “cuando este proceso psicológico no reside ni en el inconsciente completo, ni en el pensamiento claro, pero sí en el claro obscuro de la conciencia, él tiene un valor estético, puesto que la idea y la imagen se funden hasta no poder más distinguirse entre sí, ni de nuestra personalidad, y hasta ni de la armonía formada en el universo por el conjunto de los seres”. Simpatizamos simbólicamente con los sonidos, con las formas y colores, con los personajes de un drama, con el estado de alma del artista. Tal sería el principio de todo hecho estético. En resumidas cuentas, que nos dirijamos á Zie-

gler, a Lipps, a Volkelt, a Basch o a cualquier otro de los profetas del moderno sentimentalismo estético, siempre se llega a eso que *todos los principios y todos los hechos estéticos* pueden reducirse directa o indirectamente a una identificación de nuestro yo con los objetos.

Y como término último de esta operación mística, un sentimiento de placer resulta para nosotros de esta expansión de nuestra personalidad, no *orgánica*, pero sí *psíquica* cuando ella, por la simpatía estética, se confunde, sin perderse, con todo lo que significa fuerzas, plenitud de vida, armonía interna, libertad de las posibilidades o de las realidades de la vida.

Es por allí que el hombre llega al más elevado grado de desarrollo de su individualidad que es al mismo tiempo la mayor y menos limitada satisfacción que el individuo pueda experimentar de sí mismo. "*Ungehemmtes Sichausleben, Sichgewissen*".

Existe una escuela psicológica contemporánea que considera que lo que existe en primer término para la conciencia son los conjuntos cuyos elementos no se conocen inmediatamente, pero solamente después por el análisis. Y este análisis según estos psicólogos, sería una operación artificial y casi tan incapaz de revelarnos la realidad como el estudio aislado de las células por el anatomista es incapaz de revelar el secreto de su actuación fisiológica en el organismo. El sentimentalismo estético nos aparece luego como la doctrina estética correlativa de tal psicología.

Un punto ha de llamar la atención en esta identificación supuesta de nuestra personalidad con las cosas o los personajes capaces de despertar en nosotros un sentimiento estético es que, como dice Lipps, en el momento de la contemplación estética los hombres y las mujeres dejan de ser hombres y mujeres, olvidan cualquier diferenciación sexual por ser ésta la fuente solamente de emociones egoistas, por lo que quedaría inexplicado el hecho que hombres y mujeres pueden apreciar de la misma manera las obras que representan las formas masculinas o femeninas, adivinando sentimientos que no podrían experimentar normalmente por ser estado de espíritu genuinamente masculino o femenino y con los cuales, sin embargo, unos y otros se identifican.

Como consecuencia de tanta teoría Lipps llega en materia

de crítica artística y literaria a aplicaciones que no están desprovistas de interés (1).

Ya que considere como establecido que "el objeto estético sensible es siempre símbolo de un contenido espiritual y que solamente por allí es estético y tiene un valor", llega a declarar que la *estética de la extensión* no se debe estudiar más como una *geometría estética* sino como una *mecánica estética*. En otros términos, las líneas no son bellas sino cuando se les interpreta como trayectorias de un movimiento, que a su vez traduce el esfuerzo o la espontaneidad de una fuerza. Con lo cual se demuestra que el *estilo moderno* con sus líneas siempre libres, en continuo cambio de dirección, casi vivientes, ya ni se puede calificar de mecánico sino de *humano*.

En música y en poesía, el ritmo, con sus elementos de acentuación, objetivos los unos, subjetivos los otros, tiene un valor simbólico inapreciable, pero que queda inexplicable por confundirse casi con lo más profundo e íntimo de nuestra vida.

Volkelt establece cuatro normas fundamentales que serían la condición previa de todo valor estético, pero que pueden cada una ser tomadas en su valor *psicológico* y en su valor *objetivo*.

Llega a esas normas por haber de antemano distinguido en la teoría de lo bello dos partes, descriptiva la una, normativa la otra, hechos y preceptos; y si formula cuatro normas es que después de describir los hechos estéticos y su resonancia psicológica cree poder relacionar los hechos constatados con menesteres profundos de la naturaleza humana que les dan *su valor*. Por allí puede pretender la estética al carácter de ciencia normativa y no solamente especulativa.

Las cuatro normas fundamentales serían las siguientes:

1.^o Plenitud del sentimiento de la intuición. Unidad de la forma y de la materia;

2.^o Extensión de nuestra representación dotada de afectivi-

(1) "Es sobre todo por la constitución de una estética positiva de los elementos de las artes plásticas que Lipps mostró el valor de su concepto, aplicándolo al análisis más detallado que se halla hecho de las varias formas simples y en particular de las curvas usadas en los vasos y en los ornamentos arquitectónicos. La combinación de algunas esquemas fundamentales le proporciona 1.650 tipos de todas las formas posibles, entre las cuales 540 son calitativamente diferentes y por eso irreductibles." — *Lato, op. cit.* p. 74.

dad. Plenitud de la significación humana en el contenido del pensamiento;

3.^a Debilitación del sentimiento de la realidad. El hecho estético como mundo de la apariencia;

4.^a Aumento de nuestra facultad de pensar relaciones. El objeto estético como unidad orgánica.

En términos más sencillos: a cada necesidad de la naturaleza humana, corresponde un valor estético, pero ninguno de estos *menesteres* de nuestra naturaleza sería un menester estético, si no revistiera el aspecto intuitivo y contagioso de la *Einfuehlung*, de que no es sino una forma.

De esta manera la más elevada expresión del nuevo sentimentalismo estético viene a ser la de una función del espíritu puesta como principio irreductible y rebelde al análisis. Es en el fondo el *no sé qué* de los sentimentalistas franceses del siglo XVIII, pero envuelto de no pocas nubes.

II

Esta doctrina puede ser objeto de varias críticas de carácter estético, psicológico o filosófico, según se busca en ella la contestación a las siguientes preguntas: ¿tiene la objetivación de la vida afectiva un papel fundamental en estética? — ¿Tiene un verdadero valor explicativo o bien no es más que una noción confusa? — ¿Descansa su significación filosófica sobre principios aceptables?

1.ª *Crítica estética y psicológica.* — La objetivación de la vida afectiva es seguramente un hecho de nuestra vida psicológica, pero no parece posible ver en este hecho la verdadera explicación de la emoción estética, puesto que no nos identificamos con cualquier objeto bello a pesar de las elucubraciones más o menos laboriosas por las cuales se nos quiere hacer creer que participamos de la vida aérea y alegre de la gente alada, cuando miramos con gusto el vuelo de la golondrina o de la alondra, o bien de la vida monótona de la ostra, cuya voluptad se limita en abrir y cerrar sus valvas (1).

Es evidente que se puede admirar mucho los colores y formas del marisco sin tener más que desprecio por el carácter mezquinamente limitado de su vida y conciencia;

b) tampoco aceptaríamos la afirmación de V. Bash, que “una visita en un museo no es sino una serie continua de transmutaciones y metempsícosis”, o esta otra que en presencia de un drama o a la lectura de una novela nuestra mayor admiración supone de nuestra parte una mayor identificación de nuestra afectividad con los sentimientos de los personajes. Tal aseve-

(1) “No penetramos solamente los sentimientos de vida de lo que tiene alguna analogía de especie y de esencia con nosotros, tal el vuelo alegre del pájaro o la graciosa agilidad de la gacela, no solamente reducimos a un mínimun los tentáculos de nuestro espíritu para compartir el sueño de la existencia estrechamente limitada del marisco y la monótona voluptad que él experimenta al entreabrir y cerrar sus valvas; no solamente nos extendemos y dilatamos con las flexibles formas del árbol, cuyas delicadas ramas parecen animadas por la alegría de cernerse y de inclinarse con gracia,—sino que por una misteriosa fuerza de interpretación, vacía de todo recuerdo de nuestra propia constitución, podemos concebir las mismas formas que nos son más extrañas, como sería de un polígono regular, de una simple distribución simétrica de puntos... entre los cuales nos aparece como una felicidad característica movernos con fuerzas nunca nombradas.” — Lotze, *Microcosmos*.

ración lleva como consecuencia la atribución de un mayor *valor estético* a la compasión del hombre inculto en presencia del Laocoonte que al juicio del crítico informado que formula sus reservas en presencia de esta obra maestra del arte helénico decadente. Y es hecho de experiencia cotidiana que cuanto más falta de educación artística es uno tanto más entra vivamente en los sentimientos objetivados por los artistas.

c) Añadiremos que las emociones, las más bestiales, como las del dolor o del placer físico, son las más contagiosas sin por eso ser las más estéticas.

Por fin la simpatía o imitación interior del objeto no diferencia la emoción estética del conocimiento, que supone él también una penetración del objeto conocido en el sujeto conocedor en virtud del antiguo principio aristotélico: *quidquid recipitur, recipitur per modum recipientis et non per modum recepti*.

Conclusión: La simpatía estética no explica porqué ciertos hechos psicológicos tienen un valor estético y otros no.

Sin embargo no negaremos a esta teoría el mérito de dejar al crítico un campo abierto para justificar o a lo menos disculpar cualquier gusto en los clientes de los artistas y cualquier ignorancia de su oficio en estos mismos.

La *Einfuehlung* no es más que la *imaginación* y la *sugestión*, pero disfrazadas bajo un nombre menos claro, por el cual pierden la mayor parte del carácter de idea bien definida que revela en ellas un análisis psicológico más completo, y sus operaciones se revisten de un misterio inútil.

2.ª *Crítica filosófica*. — Las consecuencias filosóficas de esta doctrina no aparecen más favorables, puesto que significan renunciar a cualquier explicación racional y científica de los hechos estéticos, orientando el arte y todo lo que se relaciona con él, ya sea activamente en el artista creador, o pasivamente en el aficionado, a un *misticismo* generador de pereza intelectual y de snobismo. Puesto que cada uno de nosotros queda único juez de sus estados de alma, si el arte no es más que una objetivación de ellos, no habrá otro juez competente de la obra que el solo autor, y cualquier estética normativa o crítica propiamente dicha aparece ilegítima.

El problema esencial de la estética no puede ser la objetivación de nuestra sensibilidad, la simpatía simbólica o cualquier

otra definición de la intraducible *Einführung*, puesto que todo eso es de por su naturaleza inestético y común a diversas actividades humanas que no son específicamente estéticas. La verdad es que lo importante, lo porque algunas simpatías simbólicas, algunas objetivaciones de nuestro yo son estéticas y otras no, son las *condiciones individuales y más aun colectivas* que dan este valor a las primeras y no a las segundas.

Un hombre inculto admirará más una polka o un cromó; un hombre culto una fuga de Bach, un Velázquez o un Rembrandt. Cada uno simpatizará sinceramente, pero su simpatía no será en ningún grado un juicio de valor objetivo que ultrapase el individuo y si hay algo objetivo en los juicios estéticos, solamente son las condiciones objetivas *históricas y técnicas* que darían la explicación de eso. El olvido de esto tiene por consecuencia que todo lo que en las obras de arte del pasado ha dejado de ser un soporte para la mentada proyección simpática de nuestro yo moderno, sería incapaz de proporcionarnos un goce estético. Ya no tendríamos que amoldarnos a las obras para entender y gustarlas, son ellas que deberíamos amoldar a nuestra manera de estar y de sentir. Los estéticos y críticos de la escuela de Lipps no vacilan en presencia de estas consecuencias de su doctrina. Goldschmidt escribía hace poco a propósito de la ejecución de las obras del gran músico del siglo XVIII, Händel:

“Si llegásemos a descubrir un oratorio de Händel, cuya ornamentación polifónica fuese íntegramente escrita por el mismo autor, un tal documento no tendría para nosotros más que un interés de curiosidad”, sería no solamente legítimo sino indispensable modificarlo, podar todo lo necesario, para poner tal obra antigua de acuerdo con el gusto moderno.

Tal doctrina no es sino la ininteligencia erigida en criterio artístico, el vandalismo sistematizado.

Es cierto que con o sin profesión de fe en la *Einführung*, durante el siglo XIX, se han disfrazado muchas obras de arte del pasado, bajo harapos de moda: traducciones de fantasía; transposiciones de caracteres dramáticos, etc., v. gr. en el teatro, en una Sarah Bernhardt interpretando la Phedra de Racine con las furias desenfundadas de un histerismo romántico, siempre de gran efecto sobre un público casi analfabeto en materia de arte; — en arquitectura, adaptaciones, transformaciones, restauraciones de los monumentos del pasado en vez

de simples providencias conservatorias y respetuosas del ideal de los antepasados; en pintura las restauraciones hicieron perder no pocas obras maestras.

Todas esas prácticas hoy día son casi unánimemente condenadas; pero no se puede bastante prevenir la opinión contra ellas.

En los países ricos de recuerdos artísticos del pasado resulta con frecuencia que esos tesoros del arte están constituídos no solamente por obras aisladas, sino por conjuntos. Es así por ejemplo que una obra arquitectónica como una catedral gótica de la edad media, cuidadosamente aislada en medio de una vasta plaza y como expuesta a la curiosa y profana admiración del aficionado como una especie de pieza de museo, como una maquetté de exposición, se vuelve en algo muy contrario de lo que fué en la mente de los creyentes que en las ciudades medioevales las levantaron como el paladio de la ciudad, en la sombra inmediata del cual ellos apretaban sus viviendas hasta invadir con ellas los pequeños espacios libres entre los contrafuertes exteriores de las paredes.

En regla general hasta el siglo XIX, época de la creación de los museos,—con apenas una excepción para algunos cuadros destinados a galerías privadas—no hubo obra de arte hecha sin una destinación formal y su ubicación prevista. A consecuencia de que el ambiente de tales obras forma parte casi integrante de ellas y el respeto que nos puedan merecer tales obras ha de extenderse a este ambiente. De no ser así, se amolda las obras del pasado al gusto del presente y se deja de comprender el pasado al mismo tiempo que se deja de crear una obra expresiva de un ideal moderno y característico del presente, se cae en la esterilidad y la barbarie.

Por allí se ve que el sentido histórico de una obra forma parte de su valor estético y que para apreciarla es necesario comprenderla tal como es y no tal como la deseáramos.—A consecuencia de que la estética moderna no puede ser sino una reflexión filosófica sobre los principios y resultados de la crítica de arte, lo mismo como la filosofía moderna no es sino una reflexión sobre los primeros principios y los resultados de las ciencias.

De manera que la tendencia exclusivamente subjetivista del sentimentalismo está en oposición completa con el verdadero carácter de la ciencia estética.

Fernando Cerdeña

† En Buenos Aires el 3 de Setiembre

El fallecimiento de este compañero deja un claro de consideración en las filas estudiantiles donde gozaba de singular aprecio y hondas amistades.

Cursaba el último año de estudios de la Facultad de Agronomía y desde los primeros meses del corriente año ocupaba la presidencia del Centro Estudiantes de Agronomía y Veterinaria, después de haber desempeñado el cargo de Secretario de este Centro y de la Federación Universitaria en el período del año próximo pasado.

Era Cerdeña un amigo caballeresco y bueno: suave de carácter, claro de inteligencia y de persona compuesta y apacible, como quien otea la vida desde un mirador lejano. Pero había en el fondo inviolable de su alma la inquietud insistente de los que piensan viviendo y en plena juventud llevan lacerado el corazón por la piqueta del propio pensamiento: por desgracia, las almas profundas son linderas con lo irrevocable, y solo esto nos puede revelar a veces, cuando todo se ha cumplido, la existencia de esos males que a despecho del cirujano y por manera invisible y silenciosa enlazan la vida con la muerte.

Así, el fallecimiento de Cerdeña acaecido en la edad en que más vigoroso alienta el vivir y de él tenemos el mundo que nos rodea para columbrar los ideales soñados ha causado penosa impresión en todos nosotros.

VERBUM, interpretando los sentimientos de los alumnos de nuestra facultad, se asocia al duelo de todos los estudiantes y se inclina ante la tumba tan prematuramente abierta.

Bibliografía

Prosas heterogéneas, por Felipe A. Oteriño.—“Margarita”, ha sido la primera producción del señor Oteriño. Al leerla deja la sensación de un preludio preñado de notas que buscan armonizarse en una obra admirable. Y esperábamos encontrar en “Prosas heterogéneas” esa armonía que falta á “Margarita”; pero aun el novel autor no ha conseguido encauzar su pluma como para cosechar mayores lauros.

Capítulos breves de prosa multiforme, reunidos en un libro con un título adecuado, tal es la obra.

A pesar de estos defectos, que han de esfumarse si el autor continúa puliendo su estilo, si consagra mayor esfuerzo a la realización de un trabajo duradero y glorioso “Prosas heterogéneas” proporciona los deleites que solemos buscar en los libros que hojeamos en las horas de ocio.—*F. O.*

Discursos y escritos del doctor Leandro N. Alem.—Son estos discursos de un valor histórico innegable; actualizan una época agitada de nuestra vida política, en la que fué actor de primera fila el doctor Alem.

La pieza oratoria de más mérito del ilustre tribuno, es, sin duda, la pronunciada en 1880 en la legislatura de la provincia al tratarse la federalización de Buenos Aires.

Este y otros discursos pronunciados desde su iniciación en la vida pública hasta la revolución del noventa, el Testamento político y la poesía “Sombras”, contiene el tomo que comentamos.

Es de lamentar que el recopilador no haya tenido en cuenta algunos principios de la moderna crítica histórica al realizar esta edición. Faltan notas explicativas, algunos datos biográficos de Alem y otros detalles, que, aunque nimios, realzan el valor de la obra facilitando al lector inteligente su lectura.

No hay un orden natural en la obra; ni siquiera el crono-

lógico ha servido de guía, o el mérito creciente o decreciente de las producciones. Así después del "Testamento político" y antes de los discursos fundamentales, los que le dieron real prestigio, se inserta "Sombras" cuyos dos primeros versos,

"Fantasmas que giráis sobre mi frente,
negras visiones que agitáis mi alma,"

revelan una pluma juvenil, inexperta, insegura, que traza rasgos más bien afectivos que cerebrales. En verdad, Alem escribió esa poesía en su mocedad, casi en su niñez; y, para salvar el prestigio literario del autor, era necesario que el recopilador nos hiciera esa advertencia.

Se anuncia la próxima aparición de otro tomo; es de desear que las deficiencias que indicamos queden subsanadas, para que no sirvan únicamente las producciones del celebrado orador y político de amena lectura, sino para que se aproveche mejor el valor histórico que señalábamos al principio.—F. O.

REVISTAS

Revista del Centro Estudiantes de Derecho. — El número 46 de esta revista, que corresponde al mes de junio del corriente año, trae el siguiente material:

Doctor Vicente Gay. — La universidad y su función nacional.

Doctor Alfredo Colma. — Los Códigos y los principios jurídicos.

Libertad de testar, por los doctores *Adolfo Rivarola, Eduardo Prayons, Mario A. Carranza, Mario Sáenz y A. Como.*

Doctor Juan Carlos Cruz. — La letra de cambio.

Doctor Benjamín Larroque. — Medicina legal.

Manuel García Mansilla. — El Renacimiento, Maquiavelo y la Diplomacia.

Doctor Miguel Angel Rizzi. — Los conflictos de la ciudadanía.

José A. Basílico. — La soberanía y la justicia en el Fuero Juzgo.

Doctor Alberto Iribarne. — Interpretación de la ley.

Diego Ortíz Grognot. — Testigos en lo criminal.

Rudecindo Martínez. — La hipoteca romana.

Rodolfo Paolantonio. — La propiedad medioeval y moderna.

Manuel Zeballos (hijo). — Organización.

Carlos C. Malagarriga. — La prueba indiciaria en materia civil.

Crónicas y notas. — *Bibliografía y Revista de Revistas.*

Revista del Centro Estudiantes de Ingeniería, correspondiente al mes de junio de 1914, con el siguiente material: *G. C. del Mazo.* — Lo que va de ayer a hoy. *C. Meyer.* — El transporte de la energía hidráulica. *P. Palazzo.* — Determinación analítica de la resultante de dos fuerzas iguales y concurrentes en el plano. *E. Meunier.* — Los temblores de tierra. *Crónicas.* — *Bibliografía.* — *Necrología.* — *Apuntes.* — *Sección Oficial.* — *Sección Varias.* — *Lista de socios.*

Revista del Círculo Médico Argentino y Centro Estudiantes de Medicina. — Se ha publicado el número correspondiente a junio de 1914, con el siguiente sumario:

- I. *Chr. Jakob.* — Los problemas biogenéticos en sus relaciones con la filosofía moderna.
- II. *Dr. Héctor Dasso.* — Tratamiento por el “Remedio Gono” del doctor J. Méndez.
- III. *Santiago Barabino Amadio y Pedro Jáuregui.* — Sobre un caso de miasis.
- IV. *Oscar Ivanissevich y Nicolás Capizzano.* — Un caso interesante de arteria hepática supernumeraria.
- V. *Doctor Héctor Taborda.* — Compendio de Medicina Legal.
- VI. *David Stafferi.* — Apuntes de Clínica Médica.
- VII. *Guillermo Rawson.* — Dos de sus discursos a los estudiantes.
- VIII. *Revista de Revistas.*
- IX. *Bibliografía.*
- X. *Vida Universitaria.*

Renovación, órgano de la Liga Nacional de Maestros y **Páginas.** Hemos recibido los números 5 y 3 respectivamente de estas revistas. Agradecemos su envío.

Notas

NUEVA DIRECCION DE "VERBUM"—

El señor Bonet, como anunció en el número anterior, presentó a la C. D. del Centro la renuncia del cargo de Director de nuestra revista, cargo que tan brillantemente desempeñara por espacio de tres años.

Dado el carácter de indeclinable, la C. D. la aceptó, lamentando esa decisión que priva a nuestro órgano de la dirección que tantos prestigios le acarreará.

Fué nombrado para ejercer el mismo cargo, el señor Alfonso Corti, y se designaron redactores a las señoritas Lidia Peradotto y Mercedes Daus, y a los señores Arturo Vázquez Cey y Jorge M. Piacentini.

SALVANDO ERRORES—

El número anterior de la revista correspondía al 23, en vez del 34, como apareció impreso. Parécenos de importancia salvar este error para evitar trastornos futuros a los llamados a ser historiógrafos... y que, a buen seguro, han de hojear nuestra revista.

—En la sección "Notas" se nos deslizó, involuntariamente, otro error. En vez del nombre de nuestro profesor de Literatura Latina, doctor Teófilo Wechsler, apareció Teodoro Wechsler. Dejamos constancia remediando en parte el mal y pedimos disculpas al doctor Wechsler.

